
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
NIEBLA EN WHITECHAPEL
CURTIS GARLAND

Esperó todavía un poco más. Ahora se sentía más tranquila. Más segura. Desde Whitechapel Church, llegaron dos campanadas. Las tres y media. Había transcurrido demasiado tiempo. Y no sucedía nada. Quizá se dejó impresionar tontamente, a causa de los nervios que provocó en ella su acceso de melancolía de aquella noche, y la siguiente disputa con el marinero.

«No puede suceder nada se dijo a sí misma. Es una tontería…».

Se armó de valor. Arrebujóse bien en su raída capa. Avanzó, decidida. Asomó a la calleja para comprobar que no había nadie alrededor.

Un alarido terrible brotó de su garganta.

Fue el último…



Curtis Garland

Niebla en Whitechapel

Bolsilibros: Selección Terror - 15

ePub r1.0

Titivillus 01.04.15

Título original: *Niebla en Whitechapel*
Curtis Garland, 1973
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




ſt
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

1888...

—¿Otra copa, Martha?

—No —negó ella, dando un brusco manotazo. Derribó la copa y el licor sobre la mesa. Luego, se echó de bruces sobre el tablero, sollozando—. No quiero beber más. No tengo sed. No quiero embriagarme más…

—Me parece que ya estás embriagada —rió el marinero soezmente, acariciando su brazo desnudo, entre hipidos, que apestaban a ginebra.

—¡No me toques! —Se enfureció ella, irguiéndose con repentina ira. Las lágrimas corrían sobre su rostro ajado, emborronándolo de churretes de pintura, al deslizarse sobre los polvos baratos y el negro de los ojos—. No quiero que nadie me toque…

—Pero ¿qué te ocurre, Martha? —El marinero la miró con disgusto, a través de las brumas de alcohol que enturbiaban su cerebro y sus ojos—. Hace un momento estabas tan cariñosa como de costumbre y ahora…

—¡Déjame en paz de una maldita vez, bastardo, y lárgate a beber con otra!

—Ah, eso está muy bien. —El marinero se incorporó, tambaleante—. Te embriagas conmigo, dejas que te convide a todo lo que quieres tomar, y luego si te he visto no me acuerdo. Ah, no, preciosa. ¿Quién te has creído que eres? Sólo una mujerzuela más de este tugurio, y si te pago bebida es para que me acompañes toda la noche y…

La había aferrado el brazo con rabia. Ella forcejeó, iracunda.

—¡Déjame de una vez y no me hagas daño! —gritó Martha—. ¡O te pesará, maldito hijo de perra! ¡No tengo ganas de soportarte a ti

ni a ningún otro! ¡No esta noche, puerco! ¡Quita tus sucias manos de mí!

—Te he dicho que no vas a librarte tan fácilmente de mí, amiguita —amenazó el recién desembarcado, hincando con más fuerza sus dedos en la carne de Martha.

—Escuche, amigo, ya la oyó a ella. No quiere aguantarle más. Es mejor que se largue y no escandalice.

—¿Qué… qué diablos pretende? —farfulló el marinero, volviéndose con ira hacia el hombretón que se había aproximado—. Yo he invitado, he pagado, y ella…

—Y ella ha dicho «basta», ya la oyó. Éste es mi negocio, y aquí nadie levanta la voz ni maltrata a mis parroquianos de cada noche. De modo que lárguese, o me veré obligado a romperle la crisma, marinerito.

—¿A mí? —Soltó vivamente a Martha, y se encaró con el hombre—. ¡Yo le voy a enseñar a…!

No pudo enseñarle nada. El dueño de El Ángel y la Corona era un tipo fuerte. Demasiado fuerte para un marinero ebrio. Le soltó un seco directo al mentón que puso sus ojos en blanco, y cuando el marino caía, le sujetó fácilmente con una mano por la camisa, y lo llevó en vilo hasta la puerta de la calle, tirándole luego al arroyo húmedo, entre la neblina.

Regresó al interior humeante de la taberna, donde los olores del tabaco, las bebidas, el sudor y el perfume pegajoso de las chicas se mezclaban en una atmósfera tan densa como el humo azul y espeso de los cigarros.

—Gracias, querido —suspiró Martha, al pasar junto a su mesa—. Me libraste de un pelmazo insoportable…

—De todos modos, harás bien en largarte tú también, antes de que ese tipo vaya en tu busca —aconsejó el tabernero—. Eres una chica rara, Martha. Algún día vas a encontrarte con un disgusto serio. No se puede una burlar de los hombres de esa manera.

—No me burlé, Jim. Sólo que de repente me acordé de cosas, me puse triste y…

—Está bien, está bien. Eso suele suceder. Pero no cuando se hace cierta clase de trabajo, como el que tú haces. Sigue mi consejo y vete a dormir esta noche.

Se alejó el rudo cantinero, mientras las risas y voces sonaban por

doquier. Tímidamente, Martha cogió su capa bordeada de pieles ajadas, como ella misma, vaciló, y terminó por dirigirse a la salida, tambaleante y aturdida. Abrió la puerta vidriera, esmerilada. Miró a la calle, con temor. El borracho seguía allí, en la calzada, tendido boca abajo. Nadie le hacía caso. La luz de la taberna caía sobre él, revelando claramente su estado, y los escasos peatones nocturnos del East End apresuraban el paso al verle, para no meterse en jaleos. Tanto en Spitalfields como en Whitechapel, la gente sabía bien que los asuntos ajenos son un problema a resolver por los demás.

Martha se arrebujó mejor en su capa, y echó a andar calle abajo. El confortable calorcillo de El Ángel y la Corona, quedó atrás, junto con su bullicio. Era ya madrugada, y las calles de Whitechapel y su vecina barriada de Spitalfields aparecían poco concurridas, pese a lo festivo del día. Agosto estaba portándose mal, y la noche era brumosa y fría para semejante época del año, quizá por las lluvias de la última semana. El suelo empedrado aparecía charolado de humedad, y los callejones tortuosos del barrio, mostraban una flotante neblina azulada, que se hacía más densa cerca de los faroles de gas, dibujando éstos como simples halos amarillentos en la noche.

Se estremeció Martha, y pasó rápida, dejando atrás al marinero inconsciente, para, hundirse con rapidez en las callejuelas angostas que se alejaban de The Angel and The Crown, y se encaminaban a Spitalfields.

Las pisadas de los tacones de sus botines charolados, era el único ruido audible en la madrugada brumosa. El aire tenía tal grado de humedad, que mojaba la piel como fina llovizna. Las campanas de Whitechapel Church desgranaron unas campanadas.

Las tres.

Martha bostezó, sintiendo frío. Sus pisadas se hicieron más rápidas. Las callejuelas, más largas, más estrechas y quebradas, abundando en esquinas, callejones y arcadas de ladrillo, junto a las casas de vecindad, humildes y silenciosas.

La luz de otra taberna, allá en la esquina de Brick Lane, atrajo su mirada, como la llama atrae a la polilla. Pero decidió que Jim tenía razón. Ya había bebido bastante por esta noche. Lo suficiente para ponerse melancólica y recordar a su marido, del que vivía separada, y a sus tres hijos, de quienes el juez no le había dejado la custodia.

Debía irse a dormir.

Decidida, siguió adelante. La luz quedó atrás. Y con ella, la sombra de un *policeman*, con su capote y su casco inconfundibles, recortándose entre neblina y luz de gas. El agente echó una mirada de indiferencia a la mujer solitaria, de cuya condición social abundan los ejemplares en aquella zona de Londres, y siguió su ronda, con las manos a la espalda.

Martha dejó Brick Lane y entró en el angosto trazado de Hopetown Street, hacia Tailw Lane. La acera era estrecha y desigual, los edificios formaban rinconadas sombrías, las farolas de alumbrado callejero se hallaban más distantes entre sí, y aparte los gatos que salían disparados de los montones de basuras, no se veía a ningún ser viviente en derredor.

Por eso Martha, repentinamente, sintió inquietud.

Los pasos sonaban tras ella. Sordos, pausados. Como el eco de sus propias pisadas. Pero no era el eco. Se detuvo un momento en una esquina, y las pisadas siguieron. Pero por poco tiempo. Dos o tres pisadas más, y luego el silencio.

Su seguidor también se había detenido. Martha se dijo que debía de ser casual. A nadie se le iba a ocurrir seguirla por las calles. Además, no llevaba encima sino unos chelines. Y ninguna joya de valor. El intento de robo estaba, por tanto, descartado. No tenía nada que temer por ese lado.

«Algún curioso o entrometido», se dijo, encogiéndose de hombros, desdeñosa. Y siguió adelante, internándose en Spitalfields definitivamente, camino de su casa, en la plaza Star, número cuatro.

Pero las pisadas seguían tras ella. Al mismo ritmo de antes. Siempre en pos de sus pasos. Empezó a sentir miedo. Sin saber por qué, estaba asustada. Aquello no era normal.

Se armó de valor, paró de nuevo, giró la cabeza…

Niebla. Mucha niebla tras ella. Se había espesado mucho en aquella zona de Spitalfields, quizá por la proximidad del mercado y los almacenes de frutas, siempre húmedos y lóbregos.

No vio a nadie. Quienquiera que fuese el caminante, se había detenido más allá del velo de niebla, acaso en la última esquina que había pasado. Un frío sutil, que no era producido por la humedad ni por la bruma, subió por su espina dorsal.

Repentinamente angustiada, Martha apresuró el paso. Avanzó

rápida, por las callejuelas sinuosas, perdiendo casi la noción de dónde estaba.

Su corazón palpitó con fuerza dentro del pecho. Un sudor helado empapó su frente y sus manos. ¡Las pisadas, tras ella, se apresuraban ahora, sin distanciarse un ápice de sus propios pasos!

Eran pisadas firmes, seguras. De hombre. Pisadas próximas ya.

Alocadamente, echó a correr, ya sin términos medios. Un tacón se le enganchó en las ranuras del empedrado, y allí se quedó, sin que ella pensara en volver a recuperarlo. Corrió cojeando, tiró el otro zapato de un puntapié al aire y, ya descalza, sin ruido apenas en el empedrado, alcanzó una rinconada donde se veía la puerta abierta de un oscuro edificio. Una puerta angosta, oscura, sombría, de estrecha escalera hacia los pisos de la vivienda.

No sabía dónde estaba. Sólo sabía que debía de correr, huir de aquellas siniestras pisadas que sonaban en la niebla, producidas por alguien a quien no podía ver siquiera.

Entró en la casa. Se quedó parada en el portal oscuro, pegada al muro, respirando ahogadamente, tapándose la boca para no gritar, para no sollozar, quizás incluso para que su aliento entrecortado no fuese audible desde el exterior. ¿Lo serían los latidos de su corazón, golpeando impetuoso bajos los senos que su profundo escote dejaban casi al desnudo?

Los ojos claros, aterrorizados, de la mujer, se clavaban en la angosta abertura de la puerta, en la claridad neblinosa, que llegaba de la calle, esperando a cada momento ver aparecer allí la silueta terrorífica de un hombre brutal, de un monstruo acaso.

Las pisadas habían cesado en la calle. Y todo otro ruido. Un silencio de muerte lo invadía todo. Martha tembló. ¿Se había detenido su perseguidor a la puerta? ¿Había continuado su marcha, desorientado? ¿Se alejó en otra dirección?

Silencio. Silencio y niebla. Eso era todo. La calle aparecía desierta, sin ruidos…

No supo lo que permaneció en la oscuridad, aguadamente convulsa, pegada al húmedo muro sombrío, junto a unos angostos y tétricos escalones que se perdían escaleras arriba. Podía subir, llamar en alguna puerta, pedir ayuda. Pero era ridículo. ¿Ayuda contra quién? Además, quizá ni siquiera le abrirían. ¿Quién abre una puerta en Spitalfields a las tres de una madrugada brumosa de

1888, con tanto delincuente y bribón suelto por las calles?

Y entonces, si realmente había alguien allí cerca, la oiría llamar, subiría las escaleras y… Martha cerró los ojos. Era demasiado horrible imaginar todo eso.

Esperó todavía un poco más. Ahora se sentía más tranquila. Más segura. Desde Whitechapel Church, llegaron dos campanadas. Las tres y media. Había transcurrido demasiado tiempo. Y no sucedía nada. Quizá se dejó impresionar tontamente, a causa de los nervios que provocó en ella su acceso de melancolía de aquella noche, y la siguiente disputa con el marinero.

«No puede suceder nada —se dijo a sí misma—. Es una tontería…».

Se armó de valor. Arrebujóse bien en su raída capa. Avanzó, decidida. Asomó a la calleja para comprobar que no había nadie alrededor.

Un alarido terrible brotó de su garganta.

Fue el último…

* * *

—Martha. Martha Turner, exactamente. A veces, se hacía llamar Martha Tabram también. Trabajaba, especialmente, en los muelles y en los almacenes del Támesis. Casada y separada del marido. Con tres hijos que él educa.

—¿Dónde reside su marido?

—Fuera de Londres. Comprobaremos si sigue allí. Pero esto no parece una venganza pasional de ese tipo. Él se separó hace ya demasiado tiempo de ella, para una cosa así.

—Entiendo —el inspector Abberline, de Scotland Yard, asintió, mirando al agente que le informaba—. ¿En cuanto al hombre que acompañaba a la tal Martha Turner la noche del crimen…?

—Ya hemos comprobado eso. No pudo ser él. Le golpeó el dueño de la taberna, y unos clientes la recogieron poco después, aún inconsciente, llevándoselo con ellos a otra cantina. Eran soldados de servicio en la Torre de Londres. Han confirmado que no dejaron al marino hasta casi las ocho de la mañana. Y el crimen tuvo lugar a las tres y media, probablemente.

—¿Por qué a esa hora? —Arrugó el ceño el inspector Abberline —. El forense, el doctor Kleene, dice que fue entre tres y seis, pero no aventura más.

—Hemos estudiado las circunstancias, señor —suspiró el agente —. El vecino, John Reeves, encontró el cadáver cuando bajaba por la mañana, muy temprano, en busca de trabajo en los mercados. Pero hemos deducido que el asesino abandonó a su víctima presurosamente, cuando se oyó llegar el carruaje de alquiler de un tal Albert Crow, vecino cercano a esa casa, que volvía justamente a las tres y media con su vehículo. Él no vio nada, pero pudo ser así, señor.

—Bien. ¿Ha comprobado el forense el número de cuchilladas recibidas?

—Treinta y nueve, exactamente.

—¡Treinta y nueve! —Se estremeció Abberline—. Cielos, qué carnicería…

—Así es, señor. Resulta horrible. Creímos en principio que pudieron hacerse con una bayoneta o cosa parecida, pero el informe forense confirma que se produjeron con dos cuchillos de diferente longitud y anchura, manejados a la vez. Y muy hábilmente por cierto. El doctor Kleene hace notar que «el asesino sabía cómo y dónde herir». Como si fuese un cirujano, vamos…[1]

—Un cirujano… —Abberline frunció el ceño—. Vaya, eso es interesante. Pero no puedo imaginarme a un cirujano asesinando a una mujerzuela, en plena madrugada en Spitalfields, amigo mío.

—Yo tampoco, señor —sonrió el agente—. Me limito a repetir lo que dijo el forense. Por otro lado, esta clase de crímenes siempre van acompañados de robo en tales barrios. Martha Turner no fue robada. Es otro detalle extraño.

—Muy extraño, sí. Todo el asunto lo es. Bien, informaré a mis superiores. Ténganme al corriente de cuanto suceda al respecto.

—Sí, señor —saludó respetuoso el *policeman*—. Así lo haré.

—Ah, y búsqueme a cualquier persona que pueda ser experta en esa clase de cortes, ya sea médico cirujano, matarife… o estudiante de cirugía, simplemente.

—Descuide, señor. Lo tendremos en cuenta.

CAPÍTULO II

EL GORRIÓN AZUL

Era una fonda barata. Como tantas otras de Whitechapel.

Acostumbraba a acoger huéspedes de escasa prosperidad económica: músicos, artistas, poetas, escritores… y estudiantes. Sobre todo, estudiantes.

Estudiar en Londres era costoso. A veces demasiado, para familias de clase media o aburguesada. Los jóvenes estudiantes, por tanto, debían reducir el capítulo de gastos. Y no había otra salida que elegir lugares como la fonda del Gorrión Azul.

Saint Mark Street no era una de las peores calles de Whitechapel, pero tampoco una de las mejores. Podía decirse de ella que era, simplemente, aceptable. Tenía unas cuantas farolas de gas, algunas tiendas con escaparates iluminados, y solamente dos tabernas de bastante buen aspecto. Eso ya era algo en semejante barrio.

Además de todo eso, Saint Mark Street tenía la fonda del Gorrión Azul, muy cerca de la esquina de Newnham Lane. Y, cuando menos, unos huéspedes que podían ser artistas o estudiantes, en su gran mayoría, daban cierta nota a la calle, que jamás hubieran dado las fulanas y los granujas que se albergaban en otros negocios parecidos del barrio.

Los cursos de Medicina y Cirugía, como muchos otros, se iniciaban aquel mes de septiembre en las Facultades londinenses. Y los jóvenes que soñaban con llegar a tener su consultorio en Regent Street o en Bond Street, o una clínica en Paddington, o bien una sala de cirugía en el hospital de Saint James, iban arribando paulatinamente a la capital, para iniciar sus estudios de 1888 y 1889.

Algunos, como Brian Dawson, los habían iniciado ya anteriormente, y aquél era un curso más, cercano ya el soñado día del examen final y el título en el bolsillo.

Otros, como Clifford Blake, venían de otras facultades inferiores, a terminar la especialización en Londres, iniciando así sus estudios en la capital inglesa. Y a los novatos se les notaba ese algo inseguro y torpe que da la poca experiencia, en algo. Aunque ese algo sea, simplemente, vivir en una pensión londinense.

Quizá por ello, Clifford Blake parecía mucho menos aplomado y maduro que Brian. A pesar de que ambos tenían la misma edad. Y a pesar de que Blake, si se alojó en El Gorrión Azul, de Saint Mark Street, fue precisamente por su amistad con Brian Dawson.

Porque ambos jóvenes, además de estudiar Medicina y Cirugía, eran amigos.

Y amigos entrañables. Igual que lo habían sido sus padres.

* * *

La señora Evans era una mujer madura, todavía de buen ver. Ella lo sabía. Y le gustaba que la admirasen aún por su físico. Especialmente, sus jóvenes huéspedes.

Más de uno de aquellos muchachos que soñaban con el triunfo en el Drury Lane Theatre o en el propio Albert Hall, bien con una obra dramática, con una pieza musical, o interpretando cualquiera de ambas cosas, debía a la generosidad de la señora Evans el haber podido continuar en la pensión, aún a falta de liquidar semanas de alojamiento. Pero eso sí, para ganarse la maternal simpatía y generosidad de la señora Evans, hacía falta elogiar de vez en cuando su atractivo físico, decirle algo agradable, e incluso, si se terciaba la ocasión, insinuar algo más atrevido.

La señora Evans juraba que era una viuda honesta y seria, exigía seriedad en su negocio, y hubiese apostado su vida a que jamás escuchó con auténtico interés la insinuación picaresca de alguno de sus más audaces huéspedes. Lo que no es tan seguro, es que la digna señora Evans hubiese ganado la apuesta o hubiese jurado sin faltar a la verdad.

—Aquí estará muy bien, señor Blake, puede estar seguro —fue

su bienvenida al joven Clifford, cuando éste dejó su maleta en el suelo, y se inclinó, cortés, ante la dama de amplias caderas y agresivo busto, sobriamente vestida de oscuro, con cuello cerrado, encajes y camafeo en una cinta de terciopelo negra, ciñendo su garganta. En las orejas brillaban dos hermosos pendientes de perlas, montados en oro y diamantes.

—Estoy convencido de ello, señora Evans —aseguró tímidamente el alto, enjuto y rubio Clifford Blake, fijando su mirada verde oscura en la viuda—. Mi amigo Brian así me lo dijo, antes de que abandonase Norwich, mi tierra natal, para venir a estudiar a Londres.

—Sí, sí. El señor Dawson me ha hablado ya de usted, de la amistad que unía a sus padres, y de su infancia, juntos en Norwich. Solamente por atención a un caballero tan serio, inteligente y digno como su amigo, el señor Dawson, puede estar convencido de que le recibiríamos ya aquí con los brazos abiertos, señor Blake. Pero es que, además, la primera impresión que me causa su aspecto es inmejorable. Y le aseguro que no acostumbro a equivocarme nunca en tales cosas —suspiró la dama—. Son demasiados años tratando personas distintas en mi negocio, para que mi instinto me engañe.

El joven Blake inclinó tímidamente la cabeza, humedeciendo sus labios con la punta de la lengua, en un gesto de incertidumbre. Dio vueltas a su sombrero oscuro, de alta copa, entre ambas manos. Sus facciones angulosas, sobrias, revelaban una serenidad que no era habitual en jóvenes de su edad.

—Es muy amable, señora Evans —murmuró—. Procuraré responder a esa confianza que deposita usted en mí…

—Estoy segura de ello —sonrió la dama. Luego, hizo un gesto a su nuevo y joven huésped, indicándole el balcón provisto de cortinajes y visillos, que se abría al fondo del gabinete donde recibiera a Blake. Y fue hablando afablemente—: Como le dije ya a su amigo, el señor Dawson, al venir usted a convivir con él, he decidido habilitarles ese pabellón anexo, del patio de la casa, donde nadie se aloja últimamente, para que allí dispongan ustedes de dos habitaciones contiguas y una sala donde pueden estudiar, practicar e incluso instalar aquello que juzguen oportuno para sus trabajos médicos, Eso les dará una independencia total, respecto a los demás huéspedes, y con ello ganan en tranquilidad y sosiego.

Naturalmente, las comidas se hacen aquí, en la casa, siempre a las mismas horas: el desayuno, se sirve entre ocho y nueve, la comida entre doce y una treinta, y la cena entre seis y siete treinta. No les servirán nada en su alojamiento, salvo en caso de enfermedad. Son las normas de la casa. Por lo demás, nadie tampoco les molestará en ese pabelloncito, estén seguros.

Clifford Blake contempló el pequeño patio cuadrangular con muros cubiertos de verdes hiedras frondosas, y el edificio acogedor del fondo, junto a la tapia posterior que cerraba la vivienda. Vio visillos limpios y alegres en las tres ventanas. Asintió, complacido.

—Todo me parece excelente, señora —afirmó—. Creo que voy a estar como en mi propia casa.

—Ese es mi deseo, señor Blake. Si algo necesita, no dude en pedirlo. Mi doncella, Kim, les atenderá en cuanto precisen. Tienen en el pabellón una campanilla que comunica con la cocina de la casa, y les servirá para cualquier imprevisto.

—Muy bien, señora —Clifford extrajo su cartera del bolsillo, con sus manos enguantadas—. Le abonaré por anticipado cuatro semanas de estancia y…

—Por Dios, no es preciso, tratándose de un amigo del señor Dawson, créame —rechazó ella.

—Se lo ruego —insistió el joven Blake, clavando en ella sus ojos verdes, profundos y risueños—. Nunca he estado en Londres más de un par de días, en viaje rápido. No quiero correr riesgos con este dinero encima. Estará mucho mejor en su poder, por si algo anormal sucede.

—¿Qué puede suceder? —Sonrió ella, confiada—. Londres no es tan malo como dicen, si se saben dominar las tentaciones. Este barrio tiene mala fama, pero un joven estudiante no acostumbra a salir de noche, salvo algún sábado, y no creo que su amigo, el señor Dawson, le llevase a usted, por ejemplo, a las tabernas de mala nota, donde hay rufianes, ladrones y… y mujeres de cierta condición despreciable.

—Ya —pestañeó el joven, bajando los ojos. Volvió a humedecer sus labios, incómodo—. No soy partidario de esa clase de aventuras nocturnas, puede creerme. Pero nunca se sabe lo que puede suceder. Es mejor así, créame.

—Está bien, si insiste… —la dama dobló cuidadosamente los

billetes, y los guardó en un bolsillo de su oscuro vestido cerrado. Cambió de tema, mirando hacia la puerta de entrada—. ¿No ha venido el señor Dawson con usted?

—No le fue posible. Me estaba esperando en la estación del ferrocarril, pero tenía que recoger mis matrículas y terminar él una gestión suya, antes de iniciar el curso, y se dirigió a la Facultad. No he tenido problemas para llegar. El cochero me trajo directamente aquí. Además, he estado otras veces en Londres, como ya le dije, aunque fuese por pocas horas. Sin ir más lejos, este mismo mes de agosto, la primera semana. Para inscribirme en la Facultad y cumplir los requisitos.

—Veo que es un joven muy capacitado para valerse por sí mismo, a pesar de venir de una pequeña población, donde ha transcurrido la mayor parte de su vida, señor Blake —miró ella con interés a su joven huésped.

—Sí —afirmó Clifford gravemente—. Trato de serlo, señora Evans. Sólo que no siempre tiene uno éxito.

Y, recogiendo su maleta, no aclaró sus enigmáticas palabras. La patrona de El Gorrión Azul entendió lo que necesitaba ahora el joven, y tiró de la campanilla.

—Kim le conducirá a su alojamiento, señor Blake. Debe de estar cansado…

—Un poco, sí —convino Clifford.

Y para sorpresa de la señora Evans, ni siquiera reveló interés por la doncella Kim, al aparecer ésta, con sus andares airosos.

La pelirroja y llamativa doncella, fijó su mirada en Blake y se mostró en el acto muy solícita en su tarea. Salió con el joven, sin que éste le permitiera tomar su maleta. Pero eso sí, sin fijar en ella ni siquiera una mirada de curiosidad como la que provocaba, como mínimo, en cualquiera de los demás huéspedes o vecinos de la fonda.

—Esa Kim… —suspiró la señora Evans, sacudiendo la cabeza—. Tendré que acabar despidiéndola, a pesar de lo mal que anda el servicio por esta época del año. Es demasiado… frívola. Y eso no me gusta.

Cruzó el gabinete, hacia la puerta que conducía al interior de la casa. Antes, se detuvo a arrancar una hoja del calendario fijado en la pared. Era un bloque diario, y dejó a la vista la fecha del aquel

día: 31 de Agosto de 1888…

* * *

El doctor Elder tenía su pequeño y lóbrego hospital en las cercanías de Buck's Row, Whitechapel. Ciertamente, ni siquiera se le podía llamar hospital, si se quería ser exacto en la definición. Pero a falta de mejores y más cuidados establecimientos sanitarios, no le hacía nadie ascos al llamado Hospital del Buen Obispo, como le había bautizado, por misteriosas razones, el propio doctor Roy Elder.

Allí recibían asistencia muchas mujeres; otras tenían sus hijos, en precarias condiciones sanitarias, pese a los afanes del doctor Elder y sus ayudantes, casi siempre jóvenes estudiantes de Medicina que no pedían a cambio de esa ingrata labor otra cosa que practicar, unas veces con pacientes vivos, enfermos… y otras, incluso, con pacientes muertos.

Del censo de defunciones en el Hospital del Buen Obispo, cercano a Aldgate, no se llevaba un control demasiado estricto, dada la condición de los pacientes que allí fallecían, casi siempre desheredados de la fortuna, rufianes, vividores, ladrones y gente parecida, muchas veces sin parientes que reclamasen su cadáver y menos aún que pudieran pagar su funeral.

El doctor Elder sabía que no todo eso era ético. Pero tenía que hacerlo, o se hubiera quedado sin ayudantes para su labor de servicio médico a la gente mísera de Whitechapel. Para él mismo, era vital aquel establecimiento dudosamente sanitario. Le hacía olvidar su perdida cátedra por alcoholismo, y su viejo consultorio en Holborn, que hubo de abandonar cuando le retiraron la licencia médica, prohibiéndole ejercer por un tiempo. Él siempre afirmó que la culpa de todo aquello no fue suya, pero nadie le hizo caso. Al devolverle el título, era ya un hombre arruinado como médico.

Y ahora, aún intentaba seguir adelante, con aquel caserón arrendado por unas libras, y convertido en una especie de consultorio, dispensario y hospital, que por otro lado servía también para que una comunidad de comerciantes y vecinos de Whitechapel y Spitalfields le pasaran mensualmente una suma para

mantenimiento del hospital. Suma que, al mismo tiempo, permitía vivir al doctor Elder con cierta holgura, e incluso vestir otra vez como un caballero.

Polly se había sentido bastante enferma esa noche. Y pensó en el doctor Elder y en su benéfico establecimiento hospitalario.

Polly no disponía de mucho dinero en los últimos meses. Podía ir a un consultorio de pago, pero al menos le costaría tres o cuatro libras, más el gasto de medicamentos, y ése era un lujo que no podía permitirse, porque agotaría su última reserva en metálico.

Era una mala época aquella. Quizá porque los robos y las violaciones nocturnas aumentaron durante todo el año en el East End, la gente salía poco de noche. Y las mujeres como Polly vivían siempre de la gente de la noche.

Se había sentido enferma después de tomar un trago en la taberna y tras rechazar a dos tipos que no llevaban encima más que alcohol, pero muy poco dinero efectivo. Ella, en cambio, había estrenado aquel sombrero tan deliciosamente llamativo.

Eso fue a las siete de la tarde, cuando ya iban a cerrar la tienda. Se pavoneó ante todos con su sombrero. Era caro, pero si se lo habían comprado, no iba a regatear. Le habían dado el dinero para ese sombrero: cinco libras, exactamente. Era mucho dinero para un regalo. Y no era más que el principio. El caballero —porque era todo un caballero—, le había citado para esa noche. Le daría más dinero. Sería muy generoso con ella.

Y había tenido que darle aquel maldito dolor. Precisamente esta noche.

Claro que faltaba bastante para la hora de su cita, en aquel hotel del callejón de Aldgate. Tenía tiempo de ir al hospital del doctor Elder, y que éste la atendiese. Nunca había visto antes al tal doctor, pero le habían hablado mucho de él. No la cobraría sino una pequeña suma, a voluntad de ella, para ayuda del establecimiento. E incluso la regalaría algún medicamento.

Polly hizo pendular su bolso de mano, mientras caminaba presurosa por la acera de Buck’s Row. Incluso canturreó entre dientes, pese al malestar. Alguien le había dicho que debería operarse. Pero tenía miedo a los cirujanos. Eran matarifes para ella. Disfrutaban clavando bisturíes a la gente. No, no se operaría. Además, no estaba segura de que su sangre respondiera a una

intervención quirúrgica. Poco tiempo atrás tuvo algo feo. Un medicucho la había dicho que se cuidara en lo sucesivo. Bueno, eran gajes del oficio. «Al diablo con todo eso», pensó Polly, cerca ya del Hospital del Buen Obispo.

Dobló la esquina. La farola de gas despedía un halo de luz fantasmal en la niebla. Proyectó su sombra en el muro de ladrillos, salpicado de pasquines adheridos, muchos de ellos rotos o desgarrados.

Allá, lejos, una luz rojiza revelaba la puerta del hospital, distante como cincuenta yardas de su actual emplazamiento. También vio claridad amarillenta en dos o tres ventanas del gran edificio en sombras.

Bajó la acera. No circulaba ni un carruaje ni una persona. Era ya tarde. Las dos casi. A las tres tenía que verse con el caballero de las cinco libras generosas.

—Polly…, ¿adónde vas?

Se detuvo bruscamente. Tuvo un miedo repentino, y giró la cabeza. Se dominó, con un suspiro de alivio, al ver la alta silueta surgir de la niebla, a sus espaldas. Reconoció el macferlán negro, flotante, el alto sombrero de peluche, las manos enguantadas. Ahora no llevaba bastón, como antes. No. Era algo más corto y ancho. Un maletín. Sí, un maletín negro.

—Oh, sois vos… —susurró, calmada—. Me había alarmado.

—¿Por qué, Polly? —Sonó la voz profunda, en la niebla. El rostro era una mancha oscura, borrosa, flotando en la bruma unos ojos centelleantes y fríos—. ¿Te doy miedo?

—No, no. No podía saber que erais vos, caballero… —ella le guiñó un ojo, y tiró hacia abajo del borde de su ya amplio escote. Casi hizo saltar afuera su torso—. Pero decid, ¿cómo me encontrasteis? Aún falta una hora para nuestra cita.

—Estaba impaciente. Te busqué… y te he encontrado, Polly.

—Oh, sois un hombre terriblemente impulsivo, amor —musitó ella. Y se acercó a él, rodeándole con sus brazos. Buscó, con sus labios brillantes de carmín barato, la boca invisible en la sombra, del caballero del negro macferlán.

Las manos enguantadas rodearon también los hombros y una de ellas se alzó en el aire y bajó, centelleante, sobre la muchacha.

El alarido de horror sin límites de la víctima se ahogó en sangre.

El caballero enlutado retrocedió.

El empedrado mostraba un espectáculo alucinante: ropas desgarradas, jirones de tejido verde estridente, de piel ensangrentada. Un caos informe, volcándose sobre el empedrado, entre vómitos. El sombrero flamante, de cinco libras, cayó sobre un charco carmesí, empapándose de sangre.

Luego, como un espectro, la sombra negra se hundió en la niebla, llevando consigo el maletín y el arma goteante.

Polly era un cuerpo mutilado e informe, junto al bordillo de la acera. Un reguero rojo se alejaba, calle abajo.

CAPÍTULO III

CIRUGÍA

—Polly… Sí, era su *nombre de guerra*, inspector.

—Adelante, Haine[2] —invitó el superintendente Abberline, con amargura—. ¿Cuál era su auténtico nombre?

—Mary Ann Nichols. Cuarenta y dos años de edad. Casada. No tenía hogar conocido. Se separó de su marido hace tiempo. Él mismo ha acudido a identificar a su mujer. Parecía muy afectado.

—¿Alguna pista sobre el asesino?

—Ninguna, señor. El forense dice que la muerte es sospechosamente similar a la de Martha Turner. Igual modo de acuchillar a la víctima, igual cantidad excesiva de cortes, como un ensañamiento inexplicable en un ser que ya había muerto a los primeros golpes. Y de nuevo, la labor de un experto en la forma de cortar sobre un cuerpo humano.

—¿Cirugía otra vez? —Se sobresaltó Abberline.

—Muy posible, señor —suspiró el policía—. Se ha consultado también a un cirujano, el doctor Elder, director de un establecimiento miserable, llamado Hospital del Buen Obispo, situado casualmente a poca distancia de donde fue muerta la mujer… y parece estar de acuerdo en ese punto. Dice que los cortes son limpios, precisos, bien calculados y realizados.

—¿Ha dicho… *casualmente*? —El inspector de Scotland Yard se incorporó—. Me refiero a la vecindad de ese hospital y de ese cirujano, Haine…

—Sé lo que piensa, señor —sonrió Haine—. Yo también lo he pensado. Y he dispuesto a Neil, un compañero mío de servicio en Whitechapel, para que visite ese hospital y se cuide de averiguar cosas sobre el tal doctor Roy Elder.

—Muy bien, Haine. Nosotros, entretanto, vamos a centrar nuestras pesquisas en ese extraño punto en común que tienen ambos crímenes, cometidos con una diferencia de veinticuatro días: la forma de cortar del asesino. Es decir: la posible mano de un cirujano en el asunto.

—Sí, inspector —afirmó el *policeman*—. Ese es el común denominador de ambos crímenes: la cirugía.

* * *

—Cirugía…

Brian Dawson sacudió la cabeza, cerrando el volumen y alineando los bisturíes en su estuche con lecho de terciopelo violeta. Alzó los ojos, mirando fijamente a su compañero de alojamiento.

—¿Qué te pasa, Brian? —preguntó éste, sorprendido.

—Es una difícil especialidad la nuestra, Cliff —murmuró el joven alto, esbelto, bien parecido, de brillantes ojos oscuros, facciones angulosas, cabello castaño muy oscuro y cuidado, y expresión seria y enérgica—. A veces, uno se tropieza con dificultades… y siente ganas de dejarlo todo y limitarse a ser médico nada más.

—¿No te parece un poco tarde para dejarlo todo ahora? —Sonrió su rubio compañero.

—Es posible —confesó Brian. Paseó por el gabinete del pabellón, donde ambos estudiaban y cambiaban impresiones sobre los temas en estudio. Se detuvo junto a la figura de un ser humano, desprovisto de epidermis, con sus músculos, vísceras y tejidos en policromado yeso, visibles en el maniquí. El joven estudiante habló con énfasis—: De cualquier modo, todos no tienen tu habilidad.

—¿Mi… habilidad? —Pestañeó Cliff.

—Sí, no disimules. El doctor Elder se quedó asombrado ante tu primera experiencia de anteayer, en su hospital. Manejas el bisturí casi como si tuvieras el título en el bolsillo.

—Exageras, Brian —sonrió Blake, encogiéndose de hombros.

—Te aseguro que no, amigo mío —se acercó a él y puso sus manos, delgadas y firmes, en los hombros del joven Blake—. Estoy convencido de que serás mucho mejor cirujano que yo el día que

obtengas ese título. Has nacido para tener un bisturí en tus manos. Ni un temblor, ni una indecisión…

—Te advierto que son ya las doce y veinte minutos —avisó Blake, señalando el reloj de pared—. Si nos retrasamos un poco más… la señora Evans nos dejará sin almuerzo.

—Oh, cierto. Vamos ya, y olvidemos la maldita cirugía, Cliff —se frotó los ojos Brian—. De todos modos, creo que es todo un poco de cansancio. Anoche no dormí demasiado bien.

—¿No? —Enarcó sus cejas Clifford, con sorpresa—. ¿Acaso sufriste de insomnio?

—Algo sí. Creo que el café que nos sirvió Kim estaba cargado —miró a su amigo gravemente—. Pero a ti, ciertamente, no te hizo efecto ese café.

—Pues no, he dormido muy bien, creo yo —le miró, intrigado—. ¿Por qué lo decías?

—Por nada. Durante la noche, creí oír ruido en tu cuarto, como si abrieras o cerrases tu puerta. Te llamé, pero no contestaste, pese a mi insistencia. Debías dormir como un leño.

—Seguro —repentinamente, se ensombrecieron los ojos verde oscuros del joven Blake. Inclinó la rubia cabeza, asintiendo, camino ya de la puerta del pabellón—. Sí, seguro que dormía muy profundamente, Brian.

Cliff le siguió, sin desviar de él su oscura mirada inexpresiva. Ambos amigos cruzaron el patio, bajo la neblina húmeda y espesa de aquel inclemente primero de septiembre de 1888.

En las callejas del exterior, en todo Whitechapel, los vendedores de periódicos voceaban ya su mercancía impresa:

—¡Terrible asesinato en Buck’s Row! ¡Horrible muerte en Whitechapel esta madrugada! ¡Ultimas noticias del nuevo crimen en el barrio! ¡Lean la última edición…!

* * *

—Ha sido algo espantoso, ¿verdad?

—¿Espantoso? ¿Qué, señora Evans?

—Por Dios, pero ¿no lo saben ustedes?

—Si no sabemos… ¿el qué? —Se intrigó Brian Dawson,

enarcando sus cejas oscuras y bien delineadas.

—Ese… ese espantoso crimen de anoche…

—¿Crimen? —Fue Clifford Blake ahora quien hizo la agitada pregunta—. ¿Qué crimen?

—Una mujer. La acuchillaron de un modo espantoso, en este mismo barrio, cerca del Hospital del Buen Obispo.

—Cielos… —Blake se agitó en su asiento del comedor, tan bruscamente, que derribó su copa de vino, manchando de rojo el mantel. Se quedó con su verde mirada fija en aquellas manchas, repentinamente pálido. Repitió, como un sonámbulo—: Acuchillada…

—No es la primera que muere de ese modo. Ya atacaron a otra hace casi un mes. Algo bárbaro, señores. Kim ha salido a comprar un diario. No se habla de otra cosa en el mercado, en las calles, en las tiendas…

—Nosotros no hemos salido hoy para nada del pabellón —le explicó seriamente Brian Dawson, sin alterarse un ápice su pálido y severo rostro—. Por ello ni siquiera hemos oído rumor alguno del suceso.

—Hay policías por todas partes —prosiguió la señora Evans—. Lo malo es que en cuanto cae la noche, las callejuelas de estos barrios se quedan sin vigilancia suficiente. Hay poca luz, mucha niebla… y eso siempre favorece a los criminales. Kim ha oído decir en el mercado que cuando encontraron el cuerpo de la infortunada mujer, estaba aún caliente. El crimen era reciente, y al menos seis personas, entre policías y testigos, acudieron desde diferentes puntos al lugar del suceso. Pues bien: nadie se tropezó con persona alguna que huyese. Es como si al criminal se lo hubiera tragado la tierra.

—Tal vez se ocultó en la niebla, en alguna callejuela, y esperó a que no pasara nadie —señaló fríamente Brian Dawson—. Como usted muy bien dice, hay muy poca iluminación en las calles de Whitechapel, y el asesino sabría que eso le beneficiaba a él. Además, anoche debió haber mucha niebla.

—Sí, mucha —asintió Clifford Blake rápidamente—. Era muy espesa.

—¿Saliste acaso? —preguntó Brian con rapidez también, volviéndose sorprendido hacia su amigo.

—No, no, claro que no —Blake tragó saliva, esbozando una sonrisa—. Antes de acostarme me asomé a la ventana. Era ya tarde: sobre las doce, poco más o menos. No se veía nada en el patio. Era como puré de guisantes, Brian.

—Sí, ya se veía poco el anochecer —convino la señora Evans, con un suspiro. Y se volvió, presurosa, al ver aparecer a Kim, la pelirroja doncella, con un periódico en las manos—. Ya era hora, por Dios. ¿Qué estuviste haciendo? ¿Pelando la pava otra vez con el señor Robbins, el de la tienda de animales disecados?

—Oh, no, no, señora —negó rápida la coqueta jovencita. Sus ojos azules se abrieron mucho—. El señor Robbins no estaba abajo, se lo aseguro. Sólo vi a la señorita Vera en la tienda. Es que el agente Oliver estaba de ronda en nuestra calle, y me paró para explicarme las últimas noticias, que no vienen en el periódico todavía.

—Bueno, es lo mismo. También pelas la pava con los guardias, los repartidores, los afiladores y todo bicho viviente. Dame ese diario, dame. Y explícate: ¿qué es lo último que se dice sobre ese horrible crimen?

—Parece que los policías buscan a un médico…

—¿Un médico? —Se sobresaltó Clifford Blake.

—Sí, señorito —le miró con coquetería Kim—. Un médico, un cirujano.

—¿Por qué… un cirujano? —se interesó con voz seca Brian Dawson.

—Parece ser que el arma que usaron pudo ser un bisturí o algo parecido —explicó Kim. Y guiñando un ojo a los dos jóvenes huéspedes, añadió con buen humor—: Tengan cuidado, no vaya a robarles el asesino sus herramientas.

Se alejó con sus andares provocativos, cimbreando su breve cintura, sus ampulosas caderas y sus pechos enhiestos, todo ello enfundado en el negro de su vestido y el blanco almidonado de su delantal.

—No le hagan caso —suspiró la señora Evans, suspirando con una sacudida de cabeza—. Kim tiene la facultad de decir siempre las cosas más inoportunas en el momento menos adecuado.

—Sí, eso es lo que parece —sonrió débilmente Clifford Blake, frotándose el mentón, con su mirada azul perdida en el techo

artesonado del comedor de la fonda del Gorrión Azul.

—Las mujeres casi siempre son inoportunas —terció secamente Brian Dawson quien, ante la mirada rápida y sorprendida de la señora Evans, añadió, sutil y lleno de cortesía—: Me refiero, naturalmente, a las mujeres de baja condición, señora Evans. No a las damas como usted.

—Sí, lo entiendo —la dueña de la fonda no aparentó sentirse dolida. Más bien procuró seguir la corriente a la justificación de su huésped—. Mujeres de baja condición… ¿Se ha fijado en la clase de las víctimas de esos horribles crímenes, señor Dawson?

—Claro —Brian se puso en pie, estirando su chaleco color beige suave, abotonado en dos hileras. Luego, abotonó su levita color marrón oscuro, de solapas aterciopeladas. Caminó hasta la dama, y puso su dedo índice en el título de primera página del *London News* de aquel día. Habló con lentitud, como midiendo previamente sus palabras—, la más baja escoria de nuestra sociedad. La lacra de todos los tiempos; basura de un mundo que se cree perfecto y que, sin embargo, huele a podrido.

—Señor Dawson —se asombró la señora Evans, mirándole y enarcando las cejas—. ¡Cuánta elocuencia en su modo de señalar los errores humanos! Debería decir todo eso en la Cámara, para que las autoridades pensasen con igual rigidez y terminasen con semejantes mundos de vicio y de corrupción. Por desgracia, me temo que nuestros parlamentarios tengan menos facilidad de palabra que usted.

—O menos ganas de resolver ciertas cosas que claman al cielo, señora Evans —cortó fríamente Brian Dawson. Y salió del comedor, sin añadir más.

Clifford Blake se había puesto en pie despacio, tras una mirada perpleja a su amigo y compañero, Luego, caminó hasta el periódico que la señora Evans dejara sobre la mesa vecina a su asiento. Leyó los titulares a toda plana en el *London News*, edición especial de mediodía:

SEGUNDA MUJER MUERTA SALVAJEMENTE EN WHITECHAPEL
¿FUE LA MISMA MANO LA QUE ASESINÓ A MARTHA TURNER Y A MARY ANN NICHOLS?
¡UN MONSTRUO SANGUINARIO ANDA SUELTO POR EL EAST END!

—Creo que todo el mundo merece ser tratado con caridad cristiana, señora Evans —dijo con lentitud Blake—. Incluso esa clase de pobres mujeres…

—¿Usted cree? —dudó la patrona de El Gorrión Azul.

—Sí —Blake se llevó una mano a la frente. Tocó su sien, e hizo un leve tic nervioso con su ojo izquierdo—. Sí, creo que sí. Pero a veces, los más comprensivos nos podemos volver fieras también y ensañarnos con los errores ajenos.

—Si alguien sería incapaz de ello en la vida, creo que esa persona sería usted, señor Blake —habló la señora incorporándose, acercándose a él, maternal en su gesto, pero con una rara crispación en sus labios. Puso una mano en el brazo de Cliff, y oprimió con fuerza. Su voz brotó cálida, profunda, insinuante incluso—: Es usted un joven encantador y humano, señor Blake. Yo desprecio a muchas gentes como… como esas mujerzuelas de las callejas de este barrio. Pero comprendo que se debe perdonar, disculpar… e incluso tratar de entenderlas… como a toda criatura humana, sujeta a errores y defectos.

—Sí, señora Evans —Cliff puso su mano sobre la de ella, y oprimió con calor. La miró como un niño hubiera mirado a su madre. Posiblemente entre ambos, la diferencia de edad no alcanzaba los quince años. Pero había algo en la severa dama que la hacía infinitamente más madura y respetable que esa sola diferencia de años. Sin embargo, el gesto, la expresión de ojos de la viuda, no respondía en absoluto a esa respetabilidad ni a su aire maternalista.

Y Cliff, como si no se diera cuenta de ello, pero instintivamente hubiera algo primario que le empujase hacia la dueña de la fonda, se aproximó más a ella, hasta rozarse sus torsos, en una fricción súbita y electrizante. Las manos aumentaron su presión. Cliff susurró:

—Sí, señora. Quiero comprender, disculpar, perdonar… pero no siempre puedo…

—No puedo creerlo, señor Blake, de un muchacho como usted —se estremeció ella, y tembló su voz. Atrajo más hacia sí al joven huésped. Sus alientos se rozaban ya—. De usted, Cliff, sólo creo lo mejor, palabra…

Le había llamado Cliff a secas. A Blake pareció resultarle normal esa familiaridad en la dama. Algo intangible, candente y peligroso,

parecía ahora unirles, fundiendo hielos y provocando una tensión puramente sensual.

—Señora Evans —jadeó Blake, trémulo. Y su mano izquierda, insensiblemente, se había apoyado en la cintura de la dama, bajando suavemente hasta su cadera, en acariciante gesto—. Un ser humano puede pensar lo mejor… y luego, sin quererlo, realizar lo peor de este mundo, aun a su pesar.

—No, eso no puedo admitirlo —musitó la señora Evans.

Sin darse cuenta, había rozado la mesa, que sufrió una leve sacudida. Un vaso volcó y rodando, fue a estrellarse en el suelo. Entonces, ocurrió algo extraño.

Clifford emitió un alarido. Se llevó las manos a los oídos. Los vidrios, con su débil restallido al romperse, parecieron crecer y crecer en sonido dentro de sus oídos, hasta resultar ensordecedores. Clifford Blake siguió gritando, convulso, presa de unos raros espasmos, ante la sorpresa y susto de la señora Evans.

Ella soltó al joven que, cubriendo su faz con ambas manos crispadas, agitado por temblores convulsos, se precipitó hacia la puerta del comedor, y salió por ella como perseguido por el mimo diablo, dando trompicones contra los muebles y los muros, hasta el punto de derribar un pie de rinconera, con un jarrón. Éste se vino abajo, con estrépito, haciéndose añicos y dispersando tierra y plantas. Pero el ruido de la loza al quebrarse, no provocó en el joven Blake la reacción angustiada y estridente que causaran los cristales rotos de aquellas copas.

Ya Clifford Blake se perdía en el patio, a la carrera, como buscando protección dentro de aquel pabellón que ocupaba con su compañero Brian. Una protección inexplicable, contra un mal que no parecía existir sino en su mente, en aquel estallido de vidrios rotos, en aquel temblor casi epiléptico de su cuerpo, de sus manos, de su rostro convulso.

Dentro del pabellón, gritó sofocadamente, tras cerrar la puerta a sus espaldas. Nadie acudió a su llegada. Evidentemente, Brian Dawson, el joven estudiante de cirugía, serio y taciturno, habíase ausentado de la pensión al retirarse del comedor.

En el pabellón, tras correr el pestillo, Clifford Blake cayó de rodillas en el suelo, escondida la faz entre las manos, rompiendo en sollozos ahogados, mientras balbuceaba:

—Oh, no, no… Por Dios, no… Más sangre… no… ¡No más sangre, no más vidrios rotos…!

Y allí se quedó, encogido, sollozante, agitado por la convulsión de su ahogado llanto. Arriba, tras el balcón del comedor, una mano blanca, enjoyada, nerviosa, alzó un visillo y trató de escudriñar dentro del cerrado pabellón. Los ojos trémulos de una dama que empezaba a arrepentirse de que sus sentimientos y pasiones la hubieran llegado a dominar, no lograron descubrir nada en el recinto herméticamente cerrado.

Pero la viuda propietaria de El Gorrión Azul, se preguntaba por qué unos cristales rotos habían provocado aquella reacción.

La mirada de la señora Evans giró despacio hacia el pie de la mesa del comedor. Contempló, sin entender, las copas rotas, hechas pedazos agudos, en los que centelleaba la luz turbia de un día de septiembre, brumoso y frío.

—¿Por qué? —susurró, mordiéndose el labio inferior—. ¿Por qué…?

CAPÍTULO IV

VERA

Se llamaba Vera Aston. Trabajaba desde hacía un año con el señor Robbins, en la lóbrega y fea tienda de éste, en el número 22 de Saint Mark Street. Justamente en la edificación inmediata a la fonda de El Gorrión Azul.

No era agradable el trabajo de vender animales disecados y moverse entre ellos, bajo miradas de vidrio, inmovilizadas, y cuerpos de pluma o de piel, en los que la taxidermia había intentado fingir, casi siempre en vano, una sensación de vida que nada ni nadie puede dar a lo que ya está muerto.

Vera había buscado muchos empleos. Obtuvo alguno, pero no duró en ellos. Casi siempre sucedía lo mismo. Era demasiado joven y bonita para que la respetasen sus patronos. Y al final ocurría siempre igual: tenía que marcharse.

El señor Robbins era diferente. Quizá fuese como los demás, e incluso más viejo y retorcido. Pero necesitaba una muchacha joven, atractiva e inteligente para su tarea y no era tan tonto como para perderla, ahora que la había conseguido, sólo por sentirse un fauno ridículo en el boscaje siniestro y lúgubre de sus animalejos disecados, aves o roedores, felinos o cánidos.

Así, Vera llevaba ya casi once meses en la pequeña, oscura y fría tienda de Saint Mark, y las ventas habían aumentado considerablemente en aquel período, así como los encargos más incongruentes, como sucede siempre en tal clase de personas, poseedoras de algún animal de raro valor sentimental.

Y el señor Robbins, aunque no disimulase demasiado sus insistentes miradas a la bella muchacha que atendía su establecimiento de Whitechapel, se frotaba las manos ante el ritmo

ascendente de sus ingresos, y procuraba tener contenta a la muchacha.

Vera había conocido a Brian Dawson la temporada anterior. Ahora, supo que el serio, concentrado y grave joven de cabellos y ojos oscuros, no era único personaje de su misma o parecida edad, que residía en la manzana. Había un nuevo estudiante, rubio y de ojos verdes, tan alto y bien parecido como Dawson, aunque diferente en su físico y modales. Algo más risueño y abierto que Brian Dawson, quizá menos aristocrático y frío también. Vera, sorprendida, advirtió que ambos le caían bien. Ambos le gustaban como hombres, y le parecían encantadores como vecinos. Especialmente, teniendo en cuenta la sombría vecindad de Whitechapel en general, y de Saint Mark Street en particular.

Aquellos primeros días de septiembre resultaron muy movidos para el barrio. Y para todo Londres. La prensa pedía acción a Scotland Yard. La gente murmuraba en corros, en las calles, plazas y mercados. Los agentes de policía paseaban desconfiados, mirando de soslayo a toda persona que les pareciera sospechosa por alguna razón.

Y las mujerzuelas parecían haber desaparecido por arte de magia, huyendo del peligro que andaba suelto por las callejuelas angostas y sinuosas del East End londinense. Alguna que otra se decidía a salir de noche, no con excesiva abundancia. Y en cuanto se cruzaban con algún hombre, echaban a correr, fundiéndose en la niebla, en busca de un refugio, que podía ser su miserable vivienda o cualquier local lleno de humo, de olor a alcohol y de bullicio. Un medio, en suma, de huir de todo posible riesgo.

Todo eso se advertía en el ambiente. Era algo intangible pero cierto. Algo que los envolvía a todos, con la misma agobiante densidad que la bruma fría y viscosa del otoño incipiente.

Y Vera Aston, en su empleo de la sórdida tienda de taxidermia, no podía escapar a ese mismo cerco angustioso, de tensión y de miedo colectivo a lo desconocido.

Un miedo que empezaba a ser terror.

Y que fue pánico desatado, aquel ocho de septiembre de 1888, fecha del tercer golpe escalofriante del asesino de Whitechapel…

—Sí, señorita Aston. Es aquél. El gato negro, el de ojos amarillos y verdes. Mi pobre y fiel *Scoppy*…

Vera caminó hacia el fondo de la tienda. Se detuvo ante la hilera de animales disecados. Una lechuza, una ardilla, tres gatos, un pequeño perro moteado, un loro de brillante plumaje verde y amarillo… Tomó el gato negro, lustroso, casi aterciopelado. En la penumbra del establecimiento, mostraba unos malignos ojos verdosos, que parecían auténticos, llenos de congelada vitalidad.

Sin embargo, eso resultaba harto improbable. Era sólo un animal momificado. Con cuentas de vidrio en vez de ojos. Rígido, frío e inerte, aunque pareciera otra cosa, agazapado allí, en las sombras de la estantería.

—Son tres guineas, señora Mulhouse —dijo, envolviendo el animal en crujiente papel ocre, que ató con el ovillo de bramante, muy cuidadosa—. Podíamos enviárselo a casa, si lo prefiere…

—Oh, no, no —suspiró la enjuta dama, tan apergaminada como podía estarlo ya la piel lustrosa de su amado *Scoppy*, la señora Mulhouse—. Yo misma lo llevaré. Estaba ansiando tenerlo a mi lado, junto al calor del hogar, como si mi pobre y querido *Scoppy* volviese a la vida. Es lo que estoy imaginando todo este tiempo, ¿sabe? Me hacía tanta compañía, en la soledad de mi vivienda… Y más, con esos horribles crímenes en las calles, con ese monstruo feroz destripando mujeres de mala nota, de las que tan concurrido está por desgracia este maldito barrio nuestro… Créame, señorita Aston: cada grito o cada silbato de policía que llega a mi alcoba, por cualquier riña callejera, me sobresalta y me llena de pavor. ¡Si hubiera tenido conmigo al fiel *Scoppy*…!

Vera Aston sonrió, recogiendo el dinero e ingresándolo en la registradora, sin comentar nada al respecto.

Ella hubiera podido decirle a la señora Mulhouse que de poco le serviría la presencia de un gato, por fiel que fuese, ante un monstruo como el que andaba suelto por Whitechapel, pero era inútil razonar con mujeres así, llenas de manías absurdas. Cuando la señora Mulhouse se fue con su gato disecado, camino de la puerta, tintineó la campanilla de ésta, y entró un nuevo cliente.

Esta vez era un hombre alto, con capa negra y sombrero de copa, de peluche oscuro. Se cruzó con la cliente, y ambos se saludaron cortésmente. Vera, a quien inquietaba siempre en esos últimos días, la presencia de un hombre en la tienda, escuchó las palabras cruzadas entre ambos, y eso la tranquilizó

considerablemente:

—Muy buenas tardes, señora Mulhouse —había dicho el nuevo cliente.

—Oh, buenas tardes, doctor Elder. Un día de estos quiero ir a su consultorio. Mi tos persiste, y quisiera que usted me viese… —habló ella.

—Cuando quiera, señora. Siempre estaré a su disposición —dijo con exquisita corrección el médico.

Y avanzó hacia Vera, mientras la puerta tintineaba de nuevo, al ausentarse la maniática señora Mulhouse.

—Buenas tarde, doctor —sonrió la joven—. ¿Viene a buscar a su ardilla?

—En efecto —la señaló, sobre el ramaje esmaltado, del que pendían dos o tres bellotas—. Ahí está, ¿no es cierto? La pequeña mascota de mi consultorio… Ahora tendré que conformarme con su momia. Pero es una especie de superstición, ¿sabe, señorita Aston? Cuando murió la ardilla ocurrió eso, lo de Mary Ann Nichols, frente al hospital… Me han molestado mucho con tal cuestión. En realidad, las cosas no cambiarán con esa ardilla disecada, pero a veces uno se hace supersticioso con los años… Prefiero tenerla en mi despacho, tal como está ahora.

—Hicieron un buen trabajo con su ardilla —dijo Vera, risueña—. El señor Robbins trabaja bien cuando quiere. Aquí la tiene, doctor Elder. Son sólo dos guineas, por ser usted.

—Muy amable el amigo Robbins —comentó sarcástico el médico, frotándose primero su recortada barbita canosa, y buscando en el bolsillo de su chaleco—. Cuando vaya a mi consultorio, en vez de darle servicio gratuito, recordaré cobrarle algo… por ser él.

—Ya sabe cómo es el señor Robbins —rió Vera—. Creo que nació para contar monedas…

—Sí, es su afición favorita —asintió el médico, poniendo dos guineas sobre el mostrador—. De todos modos, gracias, señorita Aston. Usted es el ángel que ha dado algo de luz a esta especie de nicho lleno de momias. Procure no perder demasiados años de su vida en este lugar. Es húmedo, oscuro y sucio. Muy digno de Ward Robbins. Huya en cuanto pueda. De aquí, de esta calle, de Whitechapel mismo…

Recogió su paquete, conteniendo la ardilla. Dos nuevas guineas

fueron a parar a la registradora de Robbins. Vera miró, pensativa, al alto y arrogante doctor Elder, envuelto en sus ropas oscuras y bien cortadas.

—¿Por qué me ha dicho eso, doctor? —indagó, preocupada.

—Por nada —suspiró Elder—. Usted es una chica inteligente. Ya me entiende.

—Creo entenderle. Se refiere… ¿se refiere a… esos crímenes?

—En parte, sí.

—No creí que hubiera nada que temer. Las víctimas, hasta ahora… han sido…

—Ya sé lo que han sido. Nada más lejos de usted, Pero cuando un loco se dedica a destripar personas, nunca se sabe qué clase de víctimas puede elegir…

—¿Loco? ¿Cree que se trata realmente de… un loco?

—¿Qué hombre, si no, asaltaría a mujeres solitarias, en plena madrugada, mutilándolas horriblemente, para luego huir, sin robarlas, sin un intento siquiera de violación ni nada parecido? Ha de ser un demente, no le quepa duda, señorita Aston.

—¿Es una teoría profesional, doctor Elder? —Sonrió Vera, pensativa.

—Tal vez. He estado pensando mucho en ello. Ya le digo que la policía me ha molestado durante toda esta semana. Todo, porque la infeliz de Mary Ann Nichols murió cerca de mi hospital… y porque creen que el autor de esas muertes atroces puede ser un cirujano.

—¿Un cirujano? —Se estremeció Vera—. ¿Cómo… usted?

—Como yo, sí —resopló Elder—. La policía tuvo la misma idea que usted ha tenido, amiga mía. Después de todo, es posible que tengan razón. Los cortes son tan limpios, el modo de manejar el arma blanca tan preciso, tan seguro, tan mortífero… Parece tener profundos conocimientos anatómicos. Sabe cómo y dónde cortar… Pero además, ocurrió ante el hospital. Creo, sinceramente, que esa chica padecía un tumor, a la vista de la autopsia. Como en el caso de Martha Turner. Son gajes de ese oficio. Pero no tuve nada que ver en ello, palabra. Usted no dudará de mí, ¿verdad, señorita Aston?

Vera le miró, preocupada. Sintió un frío repentino en su espina dorsal, ante la mirada oscura y fija de aquel hombre de capa negra y rostro frío e inexpresivo. En medio de todos sus animales

disecados, sólo ella y él significaban vida en aquella especie de helado cementerio comercial, repleto de cuerpos rígidos, falsamente vívidos.

—No, claro… —jadeó—. ¿Por qué había de pensar tal cosa?

—No sé —las manos enguantadas del doctor Elder dejaron la envuelta ardilla sobre el mostrador, y los dedos se crisparon en la madera lustrosa. La mirada era ardiente, fija ahora en los ojos celestes de Vera, en su cabello dorado oscuro, en su piel rosada, acaso en el nacimiento vital de sus senos juveniles, tan marcados por su vestido color malva, de apretado corpiño—. Me dolería que una muchacha como usted… me tuviera miedo.

—¿Miedo? —susurró Vera. Y realmente, empezó a sentirlo, como si todos los ojos de los animales disecados, fuesen miradas mortales, fijas en ella desde la sombra—. Cielos, no, doctor. Yo no puedo sentir miedo de una persona como usted…

El campanilleo de la puerta, provocó una honda reacción de alivio en Vera. Miró hacia allá, casi con avidez. La alta, joven figura, penetró decidida en el establecimiento, entre revoloteo de su macferlán oscuro, sombrero en mano, dando una nota de vitalidad al ambiente gélido.

El doctor Roy Elder suspiró, como contrariado profundamente por algo. Se volvió. Miró el recién llegado, recogiendo su ardilla disecada. Pareció sorprendido.

—Oh, usted… —exclamó—. ¿Cómo van esos estudios, mi joven amigo?

—Bien, doctor —sonrió cortésmente Brian Dawson. La oscura mirada de éste se cruzó con la del veterano médico cirujano como un acero con otro—. ¿Y su hospital?

—Como siempre —suspiró Elder—. Falto de fondos… pero saliendo del paso como Dios quiere.

—Lo imagino —asintió Brian—. Mi compañero, Clifford Blake, tiene que hacer unas prácticas esta semana. Creo que irá esta noche o mañana al hospital…

—Puede hacerlo cuando guste —asintió Elder. En voz baja añadió—: Han muerto dos pacientes: un joven de veinte años y una dama de cuarenta. Un accidente… y una peritonitis. Nadie los reclamó en vida, ni creo que lo hagan en muerte. Si usted quiere ir también…

—No, gracias, doctor —rechazó Dawson, seco—. Últimamente no hago prácticas…

—Mal hecho, jovencito —resopló el doctor Elder, caminando hacia la salida—. Un buen cirujano debe de practicar siempre. Siempre. Sobre muertos… o sobre vivos.

—Prefiero practicar sobre vivos —sonrió extrañamente Brian.

El doctor Elder le miró, con cierto sobresalto. Preocupado, pareció que iba a replicar algo. Finalmente, se encogió de hombros y salió del establecimiento, con el campanilleo de rigor tras de sí, al cerrarse la sucia puerta vidriera.

Vera se quedó mirando a Brian, cuando éste caminó hacia ella, con sus andares lentos, reposados y llenos de firmeza. Se quitó los guantes negros con parsimonia, y estudió las estanterías del lóbrego establecimiento.

—Hola, Brian —saludó Vera, sintiendo que en su pecho palpitaba fuerte el corazón, acaso por la presencia del joven, tal vez por la deseada ausencia del doctor Elder.

—¿Es cliente tuyo el doctor Elder? —indagó, como distraído, Dawson.

—Sí —afirmó ella—. Lo ha sido con una pequeña ardilla que se le murió. La quiere de mascota.

—Entiendo. Todos tenemos nuestras rarezas. Incluso los cirujanos…

—¡Cirujanos! —Los ojos azules de Vera revelaron inquietud—. ¿Sabes una cosa? El doctor dijo que la policía sospecha de… de…

—De un cirujano o un estudiante de cirugía —asintió gravemente Dawson. Respiró hondo, y alisó los guantes sobre el mostrador—. Sí, sabía eso. Lo sabe casi todo el mundo. Vera. ¿Sospechas de mí acaso?

—¡Cielos, no! —Se alarmó ella—. ¿Cómo se me podría ocurrir semejante cosa?

—No sé —sonrió Dawson—. Cliff y yo somos estudiantes de cirugía. Podríamos ser un asesino cualquiera de nosotros dos.

—O… el doctor Elder, ¿no?

—Claro —Brian miró fijo a la joven—. El doctor Elder… ¿Sospechas que sea él?

—Podría serlo. Una víctima murió frente al hospital. Es un buen cirujano… y un hombre raro. Mitad benefactor, mitad maniático…

—Así somos muchos —rió Brian de buen humor. Caminó hasta un estante—. Empiezo a sentirme raro yo también. Vera, quiero uno de tus bichos disecados.

—¿Tú? —Se asombró ella—. No hablarás en serió, ¿verdad?

—Pues… sí. Hablo en serio. Quiero un animalito que adorne mi dormitorio, en la pensión de la señora Evans. Tengo la estantería de la chimenea muy desnuda. Uno de esos ejemplares que vendéis me irá bien. ¿Cuál me aconsejas?

—No sé… Quizá un pájaro… un gato… No, un gato no. Mejor… ese halcón —señaló a un ave de corvo pico y fría mirada de vidrio, sobre una rama—. Un halcón, Brian, es siempre un animal que impresiona. Y no resulta desagradable, ni siquiera después de muerto…

—Todo es desagradable, después de muerto —sentenció sombríamente Dawson—. Incluso nosotros, los humanos…

—Brian, qué extraño comentario… —se estremeció ella—. ¿Quieres el halcón o no? Vale guinea y media. Te lo puedo dejar por una guinea. El señor Robbins no se enfadará.

—Está bien —puso una moneda de una guinea sobre el mostrador—. Me lo quedo, Vera. Envuélvelo, por favor. Espero que ese pájaro anime un poco la repisa. ¿Te veré luego?

—¿Luego? —Ella miró el reloj de pared—. Ya son las cinco, Brian. Cuando cierre, quiero ir pronto a casa. El día es muy frío, hay mucha niebla… y no me gustaría andar por esas calles a horas muy avanzadas, después de todo lo que ha sucedido…

—Puedo pasar a recogerte a las seis y media. Hay un restaurante bastante económico, al final de la calle. Podemos cenar allí, y te llevaré a casa en carruaje. ¿Qué tal el programa, Vera?

—Excelente —suspiró ella. Y afirmó, risueña—: Acepto, Brian. ¿A las seis y media?

—En punto. A esa hora estaré aquí, sin falta. Antes de que cierres la tienda, seguro.

—Estaré esperándote, Brian.

* * *

El reloj de la iglesia de Whitechapel desgranó tres campanadas.

Las siete menos cuarto.

Vera suspiró, sacudiendo la cabeza en sentido negativo. Casi con disgusto.

Echó el cierre. Aseguró la cerradura. La tienda de taxidermia estaba cerrada. Quince minutos más tarde de su hora habitual. Brian brillaba por su ausencia. No había acudido a la cita convenida.

Las luces se habían encendido ya en Saint Mark Street. Las farolas de gas, prendidas por la larga mecha del farolero de servicio, extendían una luminosidad tenue, turbia y firme, en la neblina de las callejas charoladas. Muchos otros comercios habían cerrado ya sus puertas. La gente caminaba presurosa, de regreso al hogar. A nadie le complacía la idea de hallarse en los dédalos tortuosos de Whitechapel, en plena noche, cuando llegasen horas más avanzadas, y todo fuese quedando solitario.

Vera Aston se arrepintió de haber esperado tanto. Era tarde. Y aunque vivía cerca, justamente en la primera manzana de Prescott, no le gustaba la idea de hundirse sola en aquella niebla densa y pegajosa.

—No debiera haber confiado en Brian —suspiró—. Tal vez tuvo trabajo… o alguna chica de la Facultad le resultó más atractiva que yo…

Echó a andar. La inmediata luz que flotaba en la niebla, era un globo de gas, azulado, encima de la puerta vecina. En ese globo se veía el número 20, el de la casa de Saint Mark Street donde la señora Evans tenía su negocio. Sobre el globo de luz, un nombre: El Gorrión Azul.

Se detuvo ante la vidriera de cristales esmerilados, con bordes de vidrios policromados, por los que se filtraba la luz del recibidor. Dudó. Luego caminó decidida hasta la puerta, y subió los dos escalones, tirando de la campanilla. Esperó, hundidas sus manos en el calor confortable del manguito de piel.

Abrió Kim, la doncella. La pelirroja exuberante contempló con cierta arrogancia, llena de despecho, a la bonita muchacha rubia de la tienda de taxidermia.

—Oh, señorita Aston, ¿usted por aquí? —indagó, desdeñosa—. ¿Qué es lo que desea?

—Sólo quería preguntar si… si el señor… —se detuvo, vacilante.

Su orgullo de mujer la hizo alzar la cabeza con arrogancia, sin terminar la pregunta.

—¿Qué señor? —la pregunta de Kim era zumbona, llena de ironía.

—No, nada. Será mejor que no le diga nada. Ya le veré mañana y…

Se paró de nuevo. Al fondo, otra puerta vidriera, que asomaba al patio posterior de la vivienda, se había abierto. La alta, arrogante figura de un joven de facciones angulosas y atractivas, más deportivo que elegante, había aparecido, enmarcada contra la niebla del patio y la claridad lechosa del pabellón del fondo, perdido entre hiedras, enredaderas y brumas. Se estaba encasquetando un sombrero alto, de peluche negro, lustroso, y flotaban los pliegues amplios de una capa marrón oscura, en torno suyo.

Los mecheros de gas revelaron un cabello rubio, ondulado, y el centelleo de unos profundos ojos verdes oscuros, llenos de inteligencia y sensibilidad. También de admiración, al fijarse en ella, con cierta sorpresa.

—Señorita Aston… —exclamó, avanzando presuroso hacia ella—. No vendría preguntando por mí, ¿no es cierto?

—Pues… sí —afirmó rápida la joven—. Por usted preguntaba, es cierto, señor Blake…

—Debí imaginarlo —sonrió el joven. Dirigió una ojeada a Kim y añadió—: Si viene el doctor Elder, dígale que iré mejor mañana a esas prácticas de disección, por favor. Ahora… hay algo más agradable que ocuparse de la cirugía.

Y su mano enguantada, que iba a empuñar el maletín situado sobre una mesita del vestíbulo, se retiró de esa valija negra, pequeña y herméticamente cerrada. Luego, ampliando Clifford su sonrisa, llegó hasta Vera. Kim, la doncella, con despecho, dio media vuelta y se alejó hacia el interior de la casa, cimbreando sus rotundas caderas, y dejando solos a ambos jóvenes en el vestíbulo de la fonda.

Clifford y Vera se miraron, pensativamente, con instintiva simpatía. La jovialidad del muchacho rubio, parecía contagiosa. Al final, el gesto contrariado de Vera terminó por disiparse, transformándose en algo mucho más amable y complacido.

—Creo que debe perdonarme, señor Blake —dijo, tímida.

—¿Perdonarla? ¿Por qué motivo? Brian nos presentó, usted me resultó encantadora, y nunca pensé… bueno, nunca pensé que se decidiera a venir a verme, como quedamos entonces.

—Lo cierto es que… —vaciló ella—. Bueno, lo cierto es que le mentí. No vine a verle.

—¿Ah, no? —Blake pareció decepcionado. Su gesto risueño se apagó.

—Le ruego que no lo tome a mal. En realidad, estaba citada con su amigo, Brian Dawson. No sé por qué motivo, él no ha acudido a la cita. Vine a averiguar la razón, pero esa chica, Kim… Tiene un modo de mirar que irrita. No quise confesarle la verdad.

—Hizo muy bien —Blake volvió a sonreír—. Kim es una chica agresiva. Siente celos de toda mujer más joven, más bonita y… más distinguida que ella. Pero no la haga demasiado caso. En cuanto a la causa de su visita… le diré que no sé dónde pueda estar Brian. Lo cierto es que me dijo que vendría a las seis y unos minutos, pero no ha vuelto, después de poner ese horrible pajarraco sobre su chimenea…

—El halcón —rió de buena gana Vera Aston—. Se lo vendí yo. Cúlpeme a mí, no a él.

—No tengo nada contra los halcones. Lo siento, pero… es contra los bichos disecados. No me gusta la… la taxidermia.

—A mí tampoco —confesó Vera—. Pero el señor Robbins paga bien, y es un empleo cómodo. Eso es todo.

—Soy un mal educado, señorita Aston. Ni la invité a pasar, ni le ofrecí mi compañía. Ya que busca usted a Brian y él no ha venido, ignoro por qué causas… ¿acepta de buen grado mi compañía para que no vaya sola por esas calles, con semejante niebla?

—Le diré una cosa: acepto encantada. No sólo por tener compañía, sino porque usted es un joven muy simpático, señor Blake.

—Por favor, llámeme Cliff. Mi nombre es Clifford, pero bastará el diminutivo, que es como me llaman mis amigos. Cliff, a secas, señorita Aston.

—Sólo a cambio de que usted me llame Vera, Cliff —le asió ella —. ¿Convenido?

—Convenido —rieron ambos de buena gana. Clifford le ofreció

su brazo—. ¿Adónde iban Brian y usted? ¿A la ópera, al concierto?

—Nada de eso. Solamente a cenar en un restaurante nuevo, al final de la calle…

—Oh, ya sé —Clifford sonrió—. El Commercial Club. Buen sitio, confortable… y barato. Todo el sueño de un estudiante de medicina, pobre en recursos. ¿Acepta mi invitación para cenar allí y dar luego un paseo en carruaje por Moorgate, antes de dejarla en su casa?

—¡Oh, acepto encantada! —Palmoteo con entusiasmo la joven Vera.

—Entonces, no se hable más —ambos salieron a la acera, entre la niebla, tras cerrar la puerta de la fonda—. Es nuestra noche, Vera. Lo siento por Brian. A veces comete errores imperdonables… Es un grave error dejar sola a una muchacha como usted.

—Tal vez tuvo algo importante que hacer…

—Tal vez —Blake arrugó el ceño—. Brian parece un muchacho demasiado formal para faltar así a su palabra. Pero sea lo que sea eso importante que tiene entre manos esta noche… no me lo dijo siquiera.

—¿Tan amigos son, que se confiesan todo el uno al otro?

Clifford entornó los ojos, caminando a través de la niebla junto a ella. Pasaron al lado de un músico callejero. El joven estudiante tiró una moneda en su plato.

—Somos muy amigos, sí —confesó—. Desde niños… Él siempre… siempre dijo que me debe la vida…

—¿La vida? ¿Es cierto eso?

—Bah, son tonterías. Cosas de chiquillos. Creo que siendo muy niños, le salvé una vez de morir. Son cosas de las que uno luego no se acuerda muy bien… ni creo que valga la pena. Pero Brian es un chico raro. Sí se acuerda. Y prometió ayudarme en todo, hasta que alcanzase mi título, al terminar la carrera. Lo está cumpliendo más como un hermano que como un amigo…

—Entonces, comprendo que se lo cuenten todo el uno al otro…

—¿Todo? —Blake se encogió de hombros. Su gesto se ensombreció fugazmente—. Bueno, no sé… Creo que todo ser humano oculta siempre algo a los demás… incluso a los más íntimos.

—¿De veras? ¿Brian puede ocultarle algo a un amigo como

usted? —dudó Vera.

—¿Por qué no? A veces, estoy seguro de que así es…

—¿Y… usted a él, Cliff? —Sonrió maliciosa la joven.

—Pues… sí, ¿por qué no? —La verde mirada de Blake se hizo singularmente enigmática—. También puede que le esté ocultando algo… a Brian y a todo el mundo. Pero ahora no hablemos de mí, sino de usted. Vera. Es un tema de conversación infinitamente más agradable…

Se alejaron hacia el restaurante cercano, por la niebla de Whitechapel, hablando animadamente entre sí…

Un ciego de lentes con montura de metal y vidrios negros, redondos, voceaba en una esquina:

—¡Escuchen, señores! ¡Escuchen la historia en poemas de los crímenes sangrientos de Whitechapel! ¡Sepan cómo los astros presagian otra próxima muerte horrible, en las calles de este barrio por donde el monstruo acuchillador anda suelto…!

La mecha de otra farola de gas, al encenderse, reveló en las manos del ciego voceador, una serie de impresos con aleluyas y horripilantes dibujos soeces, representando las muertes de Martha Turner, de Mary Ann Nichols… y de otra mujer en cuyo rostro se dibujaba una interrogación, dentro de un óvalo sin facciones concretas.

Otra mujer que yacía sobre un espantoso charco de sangre, en la última aleluya ilustrada del execrable folleto…

CAPÍTULO V

ANNIE CHAPMAN

Acababa de salir del Hospital del Buen Obispo.

En su bolsillo, apenas si llevaba siete u ocho peniques. Y se sentía demasiado débil aún para intentar ganar algún dinero más. El preciso, cuando menos, para pagar su alojamiento en casa de Timothy Donovan. Éste no sabía de historias. Por eso, apenas la vio llegar, tras girar el llavín en la cerradura, exigió, rotundo:

—El dinero, Annie. El dinero del alquiler, o no entras.

—Escuche, Donovan: acabo de abandonar el hospital —se quejó ella—. El doctor Elder dijo que debo guardar reposo aún una semana…

—¡Una semana! —exclamó Donovan, sarcástico—. ¿Y yo de qué viviré? No, Annie, no. O me pagas, o te largas. Eso es todo.

—Le… le pagaré mañana —gimió ella—. No puedo hacer otra cosa… No llevo dinero suficiente.

—Pues procúratelo. Hasta ahora supiste siempre salir de apuros.

—No estaba tan enferma.

—Tonterías. El alcohol es lo que te enferma a ti. Tienes el hígado podrido, Annie. Pero no te impedirá sacar algo. Eres aún atractiva. Anda, haz algo. Sólo esperaré a mañana. Si a las once no me has pagado tu alquiler… ¡te pondré de patitas en la calle, con todas tus cosas!

Timothy se encerró en su habitación, después de ese ultimátum. Annie le conocía demasiado bien. Haría lo que había dicho, si a las once de la mañana no le pagaba. Pero eran ya las doce de la noche, se sentía enferma, débil, fatigada. Y tenía que volver a salir, le gustara o no…

Suspiró. Miró la puerta acogedora de su dormitorio. Dio media

vuelta. Estaba decidido. No había otra salida. La puerta de la calle se cerró tras ella. La miserable fonda de Donovan quedó atrás, perdiéndose en la niebla. Annie la Morena, como acostumbraban a llamarla en Whitechapel y Spitalfields, echó a andar en la noche, en la bruma fría, por las callejas que eran su mundo. En busca de unas monedas para seguir durmiendo bajo techo.

Se detuvo frente a la cantina de McDarrin. Se humedeció los labios. La tentación era demasiado fuerte. Pero Donovan, el cerdo de Donovan, tuvo razón en algo: su hígado no soportaría demasiados alardes ahora. Eso la hizo recordar algo. Abrió el bolso. Tomó una gragea y la tragó, bebiendo luego un trago da agua en una fuente callejera.

Siguió adelante, envalentonándose ella misma. Se cruzó con dos soldados y un marinero. Les miró, insinuante. Ellos se rieron de Annie, y continuaron su camino hasta hundirse en la niebla, como si nunca hubieran existido realmente.

No debía ofrecer buen aspecto. Pálida, demacrada, enfermiza. No, no era el mejor momento para ganarse unas monedas, ciertamente. Ahora había chicas más jóvenes, más saludables. La competencia era cada día más fuerte. Alguna vez tendría que retirarse. Si al menos consiguiera un empleo, para fregar suelos en el mercado… Se conformaría con eso. Era mejor que nada.

Annie la Morena, canturreó entre dientes, para atraer la atención de alguien. Poco más allá, a la luz de una farola, sacó su polvera. Se retocó algo las mejillas. Carmín, algo de polvos, un trazo de *rouge* en los labios… No lograba dar vida a sus ojos opacos, pero al menos parecía tener mejor salud. Quizá alguien se fijara en ella.

Dejó atrás Whitechapel. Se adentró por Spitalfields. En poco se diferenciaban todos los barrios del East End. Sucios, brumosos, de calles sinuosas, de gentuza de la peor calaña, de poca luz y menos vigilancia.

Eran sus barrios. A Annie no le gustaban, pero su vida transcurría últimamente allí. Habían quedado lejos los buenos tiempos, cuando tenía un marido médico, tres hijos, un hogar respetable, una familia…

Todo eso lo destruyó el alcohol. Hacía años que no sabía nada del doctor Chapman, de los niños, de su vida anterior… No valía la

pena volver la vista atrás.

El carruaje rodaba delante de ella. Era un *fiacre* de altas ruedas, negro y charolado. El cochero conducía parsimonioso, la fusta entre sus brazos. Las luces de otra taberna, el Pub House de la señora Danvers, quedaron atrás, fundiéndose en la bruma que parecía pasta suspendida sobre el empedrado que hacía saltar las ruedas del carruaje.

Ella aceleró el paso. Adelantó al vehículo, que iba lento por la calleja. Miró atrás, al solitario ocupante del vehículo. Sólo descubrió una figura encogida en el asiento. Un hombre alto, vestido de oscuro. Apenas una mancha borrosa en el rostro. Manos enguantadas, sobre el asa de un maletín negro, visibles al pasar junto a una farola de gas.

—Eh, cochero, pare —sonó una voz grave, profunda. El cochero obedeció. Annie se sintió animada. Miró con un desplante muy de su condición al solitario viajero del vehículo. Éste debía mirarla. Aunque no lo veía, creía sentir sobre ella el fuego invisible de unos ojos taladrantes.

Pero era un hombre. Un caballero. Algo que escaseaba bastante en el East End.

—Sube —invitó él, seco.

Era más que una invitación. Era casi una orden. Le hubiera contestado con agresividad. Pero necesitaba el dinero. Aquélla podía ser su oportunidad de pagar a Timothy Donovan hasta una semana de habitación. Y subió.

—Siga, cochero —ordenó el viajero.

El carruaje se perdió, callejuela adelante, doblando una sinuosa curva, junto a dos *policeman* uniformados, de inconfundible casco, manos a la espalda, en ronda por Spitalfields, en la noche del 8 de septiembre de 1888. La noche en que el monstruo de la niebla atacó de nuevo.

* * *

El alarido de Annie la Morena, de casada Annie Chapman, se ahogó en sangre.

Se dobló sobre sí misma, sus rodillas se hundieron en los

desperdicios. Un gato bufó, con los pelos erizados, erectos sus bigotes, huyendo con un maullido escalofriante, lejos de las basuras donde buscaba comida, junto a la tienda de carne para animales domésticos, en cuyo patio estaba siendo acuchillada Annie Chapman.

Papeles viejos, de diarios arrugados, agitados por la brisa húmeda de la madrugada, volaron, hasta pegarse a las heridas ensangrentadas de la desventurada mujer.

Ante ella, una mirada glacial asistía, impávida, desde la sombra proyectada por el ala rígida de un negro sombrero de copa alta, a la agonía espantosa de Annie.

Gotas de sangre salpicaban los chanclos de negra goma del ser vestido de oscuro. Guantes negros ceñían las manos asesinas, pero ahora se mostraban con motas de un oscuro rojo goteante.

—No… no… —jadeó ella ahogadamente.

Pero ya su voz era sólo un estertor bronco, asfixiado por la sangre y la agonía. Ni siquiera era seguro que hubiera llegado a escucharse fuera de su propia garganta sangrante, rota, hendida, desgarrada por el acero siniestro.

Un silencio profundo siguió a la caída de aquel cuerpo femenino. Incluso el cabello negro era ahora rojo a trazos. Rojo como todo. Con el rojo feroz y violento de la hemorragia mortal.

Luego, unos chanclos de goma corrieron entre basuras y desperdicios. Una alta figura vestida de oscuro salió a la callejuela brumosa, serpenteante entre rinconeras y esquinas. Detrás, quedaba la muerte. Una piltrafa humana, abatida en la sombra.

Annie Chapman, la nueva víctima de un asesino que solamente un par de personas adivinaron más que descubrieron, en las tinieblas azules de la madrugada, neblinosa de Whitechapel.

Y que, como en las dos anteriores ocasiones, se perdió en esa madrugada, sin dejar el menor rastro. Sobre los ladrillos del muro de aquel patio, en el número 29 de Hanbury Street, corrían regueros escarlata, espesos y goteantes.

Era la sangre de una mujer muerta. La tercera en una lista sangrienta. Una mano enguantada, había trazado con esa misma sangre un rótulo dantesco en una puerta del mismo patio junto a la tienducha dedicada a vender despojos para gatos y perros.[3]

Ese rótulo tenía pocas palabras. Solamente cinco:

ES LA TERCERA. HABRÁ MÁS.

Esa fue la primera noticia de que, realmente, la serie sangrienta del monstruo de Whitechapel, tenía un método y un objetivo.

* * *

El inspector Abberline, de Scotland Yard, tiró a un lado el *Star* del día. Juró entre dientes, y miró luego a *sir* Charles Warren, jefe superior de policía.

—Tiene razón —admitió—. El rótulo estaba. Sólo que un imbécil lavó con agua y jabón esa puerta, borrando las letras ensangrentadas, señor. Pero el asesino escribió el mensaje que la señora Hardman ha citado. Por otro lado, tenemos los testimonios de esos dos testigos…

—¿Testigos? —dudó *sir* Charles, dominando su ira—. Testigos… ¿de qué?

—De poco, ciertamente. Pero algo es algo. Joe Taylor coincide en su descripción casi exactamente con el obrero de ferrocarriles, Thomas Eden: al menos, sabemos cómo es y cómo viste el asesino. Alto, ágil, vestido de oscuro, con capa o macferlán, sombrero de alta copa, guantes negros, un maletín como los que usan ciertos médicos y cirujanos. Y ambos añadieron algo muy particular, señor: el hombre parecía distinguido, elegante. No un rufián, sino una persona correcta, de condición social escogida.

—Eso coincide con la teoría inicial, ¿no, inspector? —señaló *sir* Charles Warren, jefe supremo de la Metropolitana de Londres—. Un médico… posiblemente un cirujano.

—Sí, me temo que sí, señor. La forma de vestir del hombre, su maletín, su aire, todo… Cielos, sería horrible que un médico de categoría fuese… el monstruo de Whitechapel.

—Todo es posible en nuestros tiempos, mi querido amigo —suspiró *sir* Charles—. Matthews, del Ministerio del Interior, ha cambiado impresiones conmigo. El Gobierno está irritado, y me temo que con razón. *Sir* Robert Anderson ha sido nombrado, por decisión superior, ayudante especial de las investigaciones policiales sobre los crímenes de Whitechapel, y desde ahora tenemos que

prepararnos a soportar una enorme presión política, oficial y de todo tipo, sin olvidar a la exaltada opinión pública. Espero resultados rápidos, Abberline. En caso contrario, todos nosotros estaremos en el aire.

—Lo sé, *sir* Charles. Mis efectivos están trabajando a toda presión, pero hay tan escasos datos para lograr algo, que dudo mucho de los resultados finales. El esposo de Annie Chapman es cirujano, sin ir más lejos. Pero actualmente sirve en la Sanidad Militar, y está a muchas millas de Inglaterra. De modo que queda automáticamente descartado de toda sospecha, señor.

—Y, sin embargo… sigo afirmando que hay la mano de un médico o de un experto en cirugía en este asunto, Abberline —insistió *sir* Charles.

—Sí —convino el inspector de Scotland Yard con un suspiro—. Yo también, señor.

* * *

—Ha sido espantoso. Pobre Annie. Acababa de salir del hospital del doctor Elder.

—Fuera lo que fuese, no es justo lo que le sucedió.

—Estaba bañada en sangre. En un patio de Spitalfields.

—¡Era el mismo asesino! ¡Incluso dejó escrito un mensaje en sangre, sobre una puerta! ¡Un hombre alto, bien vestido, de oscuro, con capa o macferlán y sombrero de copa…! ¡Para que te fíes de los señoritos de buena posición!

Clifford Blake sacudió la cabeza. Se incorporó lentamente. Gimió, llevándose las manos a ambas sienes. Las voces retumbaban en sus oídos, en su propio cráneo, como si estuvieran sonando dentro de él. Eran clamores femeninos, voces de indignación, de dolor y de odio. También de miedo. Sobre todo, de miedo.

Blake se incorporó. Trató de recordar dónde estaba, qué sucedía, por qué voceaba la gente tan cerca de él.

Todo aparecía oscuro en derredor. Demasiado oscuro. Y, sin embargo, no recordaba haber visto últimamente la luz del día.

Trató de recordar algo más que el lugar donde se hallaba, o, lo que pudiera suceder en torno suyo. Y la imagen de una joven de

dorados cabellos, de ojos azules, de sonrisa fácil, de bello escote nacarado, acudió a su mente.

—Vera… —susurró—. Vera Aston.

Cerró los ojos. Las imágenes dieron vueltas en su memoria borrosa, como un confuso carrusel de verbena, a través de la niebla.

Niebla…

Eso era: niebla. Una calleja… Mucha y espesa niebla. Unos ventanales, cortinas de colores, mesas a cuadros rojos y blancos. Un restaurante. El Commercial Club. Un buen menú por media guinea. Dos guineas y media, incluido un buen vino, cafés…

Vera y él. La cena. El paseo en carruaje. Luego, la despedida en la puerta de la vivienda de Vera Aston. Un roce de manos, una mirada. ¿Un beso, tal vez? No recordaba. Creía evocar un beso, pero… ¿de quién, de qué boca?

Una mujer flotando en la niebla de sus recuerdos difusos. Música de un organillo, un buhonero vendiendo en alguna esquina. ¿El regreso a casa? Tal vez sí. Y luego…

¡CRAAAASHHHH!

Se incorporó con un respingo. Vidrios. Quebrar de vidrios. Botellas o vasos, copas, no sabía el qué. Roto todo en el suelo. Ruido de vidrios rotos. Insoportable. Ensordecían.

¡Craaaasssshhh! ¡CRAAAAASSSSHHH!

—¡Dios mío…! —jadeó, trémulo. Se pasó una mano temblorosa por el rostro. Sudaba. Sudor helado—. ¿Qué sucedió?

No podía saberlo. Nadie le respondía. Abrió otra vez los ojos.

Una ventana abierta, musiquilla de organillo callejero. Un buhonero voceando su mercancía. Neblina, luces de gas encendiéndose. Cierto frío, oscuridad, húmeda viscosidad en torno. Fuera y dentro de su epidermis.

Se incorporó. Estaba en la cama. Su cama. Podía reconocerlo todo alrededor. Caminó, casi a trompicones. Tropezó con la mesa. Casi derribó el jarrón de agua. Lo sujetó frenético, como desesperado. Miró la ventana abierta.

—¿Por qué? —jadeó—. No me gustan las ventanas abiertas en este tiempo.

La niebla era como humo azul y gris allá afuera. Había voces en la calle, más allá de la cerca de ladrillos cuajada de enredaderas. Y mecheros de gas, brillando débilmente en la tarde. Cerró la ventana

de golpe. Se hizo el silencio, y le hizo bien.

Clifford Blake caminó hasta un mueble. Buscó a tientas los fósforos, el quinqué. Encendió una luz. Se vio en el espejo. No le gustó su aspecto. Lívido, demudado, ojeroso. Como si no hubiera dormido bien.

Sus manos delgadas y pálidas temblaban. Su pelo rubio aparecía desordenado. Sus ojos verde oscuros centelleaban, febriles. Ardía su piel. Retrocedió, asustado. Se miró sus pies descalzos. No podía… No podía recordar qué sucedió entre el momento de despedir a Vera Aston y el instante de su despertar.

Clavó los ojos en el reloj de la repisa. Su péndulo oscilaba regularmente. Marcaba las siete y media.

Casi diecinueve horas. Y no sabía nada de ese tiempo.

—¡Otra vez! —jadeó, llevándose sus manos convulsas al rostro —. ¡Otra vez… la amnesia!

Y, de súbito, sus ojos se fijaron, a través de los dedos entreabiertos, en el armario sin cerrar. En los chanclos que reposaban bajo sus ropas colgadas. Chanclos de goma, para lluvia y humedad. Chanclos negros… ¡ahora manchados de fango y de… de algo rojo!

—Dios mío… —susurró—. ¡Sangre!

Corrió al armario, como un poseso.

* * *

Sangre…

No era sólo la superficie de negra goma de aquellos chanclos, enfangados en un espantoso barro escarlata sucio. Era más. Algo más. Y los ojos desorbitados del joven Blake, se fijaban en aquel horror con incredulidad, con angustia, con asombro y, a la vez, con todo el pánico de alguien que ha presentido, que ha temido una cosa… y ha querido engañarse a sí mismo, diciéndose que eso no es posible, que en modo alguno puede darse tal espanto.

Porque dentro de los chanclos enrojecidos, sucios, repugnantes y pegajosos había unos guantes. ¡Sus guantes! Resecos, rígidos, endurecidos. De acartonados dedos viscosos de sangre seca.

Frenético, convulso, se volvió a contemplar en el espejo,

mirando aquellos dos pingajos rígidos que eran sus guantes sucios de algo pastoso y duro. Dudó, se agitó, mientras el sudor corría por su faz lívida.

—No, no… —susurró—. No son míos… ¡No pueden ser míos!

Y trató de probárselos. Rió, como histérico, al ver que no entraban para, inmediatamente, ver, angustiado, que había cambiado ambas manos, que intentaba meter el guante izquierdo en su diestra, y viceversa.

Luego, cuando probó ordenada, razonablemente… ¡los guantes se ajustaron a sus manos sin el menor problema!

Se miró ambas manos, sintiendo que un frío de muerte subía por su espina dorsal, alcanzaba su cerebro, perforándolo dolorosamente.

—No, no… —sollozó—. Yo no puedo ser… ¡Yo no puedo ser el monstruo de Whitechapel, el asesino de mujeres!

Y lloró. Lloró el joven Blake, en el silencio patético de su habitación, mientras afuera crecían los murmullos y comentarios, bajo las luces de gas del alumbrado público, como crecía en todo Londres la conmoción popular por los crímenes del East End, tras el feroz asesinato de Annie Chapman.

CAPÍTULO VI

PÁNICO

—¿Me perdonará alguna vez, Vera?

—Está ya perdonado, Brian. No hablemos más del asunto. El doctor Elder me contó lo sucedido. Usted había decidido no practicar su lección de cirugía, pero recibió una carta de la Facultad, anunciándole que había tenido malas notas en el examen previo de prácticas quirúrgicas… y quiso enmendar el fallo, haciendo disección en el hospital.

—Exacto —suspiró el joven, moreno, taciturno y serio Brian Dawson, lavándose sus manos, aún ensangrentadas tras la intervención en que ayudara al doctor Roy Elder a salvar a una madre, tras una cesárea a vida o muerte. Ahora, el niño lloriqueaba en la incubadora. Y la madre estaba momentáneamente a salvo, tras la hemorragia sufrida. Se secó, bajando las mangas de su camisa de buena seda—. Créame, Vera: nuestra futura profesión empieza a ser puro sacrificio, antes incluso de obtener el título.

—El doctor Elder me refirió todo con detalle. También me dijo que enviaron ustedes un muchacho con un mensaje para mí, pero se entretuvo y llegó unos minutos tarde. Yo… yo me había marchado ya para entonces.

—Exacto —asintió Dawson. Alzó la cabeza, mirándola muy fijo con sus pupilas oscuras—. Con Clifford Blake.

—Había ido a buscarle a su pensión. Me… me sentí cohibida cuando esa doncella suya, tan desafiante, me abrió la puerta —había enrojecido de repente Vera Aston, casi con violencia—. Blake salió… y decidimos ir juntos. Era mejor que confesar una humillación.

—¿Humillación? —Brian asintió despacio—. Sí, entiendo. No es

culpa suya. Vera. Kim… Kim es una doncella poco recomendable. Alguna vez se llevará su merecido.

—¿Qué… qué quiere decir con eso?

—Oh, nada serio. Es una casquivana. Le gusta coquetear con todos. La señora Evans está a punto de despedirla, si no lo ha hecho ya. Cualquier día, la veremos como… como a Annie Chapman, pongamos por caso.

—¡Dios mío, no hable así! —Se horrorizó Vera Aston, persignándose rápida—. Pobre mujer…

—¿Pobre? —Brian Dawson enarcó las cejas—. Sí, posiblemente sean dignas de lástima todas las de su condición. Pero no me refería a eso; posiblemente Kim termine descarriándose, pero ya es mayorcita y, por tanto, es capaz de saber lo que le conviene. Lo demás… lo demás será ya cuenta suya.

—¿Suya? Y… y del asesino, ¿no cree, Brian? —replicó fríamente Vera.

Brian Dawson cruzó una mirada perpleja con ella. Pareció que iba a responder algo. Luego, se encogió de hombros, vaciló… y la aparición del alto y severo doctor Elder cortó la escena, sin dar margen a respuesta alguna por parte del joven estudiante de cirugía.

—Brian, está aquí el inspector Abberline y… —se detuvo al descubrir la presencia de la muchacha. Se inclinó, cortés—. Oh, por favor, perdone, señorita Aston. Ignoraba que había venido a visitar a Dawson.

—No se preocupe por mí. Ya me marchaba —sonrió la muchacha—. El señor Robbins me reprenderá seriamente si tardo más de una hora en regresar al trabajo.

—No, no se vaya sola —rogó—. Yo la acompañaré, Vera.

—Me temo que no le sea posible —replicó el doctor Elder—. El inspector quiere hablar con usted sobre esa pobre chica, Annie Chapman.

—¿Annie Siftey? —rectificó Brian, con voz seca—. Es el nombre que dio en el registro del hospital, ¿no, doctor?

—Pues… sí. Esa clase de chicas siempre se ponen otros nombres. Pero era ella misma.

—Apenas si la traté, doctor. Sufría cirrosis. Alcoholismo agudo, en realidad. Solamente en dos ocasiones o tres le presté asistencia.

—Parece suficiente eso —resopló Roy Elder—. El inspector Abberline es tremendamente educado, Brian. Pero también parece tremendamente terco cuando se obstina en algo. Será mejor que vaya a verle, muchacho. En cuanto a usted, señorita Aston… quizá tenga que esperar demasiado a su amigo. Si quiere, puedo acompañarla a la tienda.

—No se preocupe, doctor —cortó Brian Dawson ásperamente—. Ese policía será breve. Vera, espéreme.

—Sí, Brian…

* * *

—¿Qué le hace suponer que seré breve, señor Dawson?

—Nada, inspector. La simple realidad de los hechos. No tengo mucho que decirle. Y, desde luego, mis palabras no van a ayudarle mucho en su labor de cazar al monstruo de Whitechapel, como le llama la Prensa.

—La Prensa… —se estremeció Abberline—. No me hable de ella, por favor. Esos chupatintas están intentando acabar no sólo con Scotland Yard, sino con el Gobierno. De no ser éste un país tradicional, diría que incluso pretenden derrocar a nuestra reina Victoria.

—Imagino que el destripador no va tan lejos en sus propósitos —rió Brian entre dientes.

—¿El… qué ha dicho? —indagó agudamente Abberline, clavando sus ojos sorprendidos en el joven estudiante de Medicina.

—El destripador —sonrió Dawson, sereno. Se inclinó hacia él, poniendo sus pálidas, largas y aristocráticas manos sobre la mesa—. ¿No es cierto que destripa mujeres en las calles del East End, inspector? Es lo que asegura todo el mundo. Para un médico o para un matarife… eso es… un destripador. ¿Le encuentra mejor nombre acaso?

—Pues… no. La verdad, no —Abberline sacudió la cabeza canosa, con énfasis—. Un destripador… Cielos, espantoso y repulsivo nombre. Pero usted tiene razón, señor Dawson. Por cierto… ¿ha destripado usted alguna vez a una paciente, viva o muerta?

—La cirugía es una especialidad cruel, inspector —Brian soltó una ronca carcajada—. He tenido que hacerlo a veces, sí. En personas vivas, intentando salvarlas. Y en muertas… para que en el futuro pueda eso ayudarme a salvar a otras.

—Entiendo —Abberline le miró fijo—. Usted es un tipo sincero, ¿no, señor Dawson?

—Cuando menos, pretendo serlo.

—No le puedo acusar de nada, ni lo intento. Aunque haya oído rumores sobre las sospechas de nuestro Departamento acerca de médicos, cirujanos o estudiantes de cirugía. Personalmente… ¿usted cree que el asesino es, realmente, alguien que sabe de cirugía?

Brian Dawson miró a Abberline, sin pestañear. Hubo un prolongado, tenso silencio. Al final, un asentimiento grave, rotundo:

—Sí, inspector. Lo creo. Es más: estoy seguro de ello.

* * *

—No le retuvo demasiado tiempo, Brian.

—No, no demasiado —sonrió él. Y siguieron caminando por la calle tortuosa de Whitechapel, a la luz del tibio sol de mediodía. A su alrededor, el barrio que por las noches se convertía en tétrico y amenazador, solitario y hostil, era ahora abigarrado, ruidoso, lleno de populachera vitalidad. Desde los vendedores de frutas, de baratijas, de aleluyas siniestras, hasta los limpiabotas, modistillas, doncellas y sempiternos vagabundos sin oficio ni beneficio.

—¿Qué le dijo ese policía de Scotland Yard?

—Nada que no ignorase yo: el criminal puede ser un médico, un cirujano… incluso un estudiante como Clifford o como yo. Estuve de acuerdo con él, y eso pareció convencerle de que era sincero. A veces, la policía resulta demasiado ingenua… o excesivamente lista.

—¿Cree que sospechan de alguien?

—Pues… no. Creo que no sospechan de nadie. Andan dando palos de ciego por doquier.

—Pero usted convino en la posibilidad de que el asesino fuese un cirujano.

—Vera, hay algo inconfundible en esos asesinatos: la limpieza en los cortes, su ejecución fría y sistemática. Un criminal vulgar lo

hace sucia, brutalmente. Sólo alguien que sepa cómo herir a un ser humano, llegaría a tal perfección en su obra.

—Habla como si admirase al asesino, Brian —se estremeció Vera, deteniéndose junto al vendedor de periódicos, donde el *Times*, el *Star* y el *Sun* anunciaban en enormes titulares la frase de moda:

¿QUIÉN DE USTEDES ES EL ASESINO DE WHITECHAPEL?

—¿Admirarlo? —Dawson vaciló—. No, no es eso. Detesto a cierta clase de mujeres que ensucian nuestra sociedad y transmiten males actualmente incurables. Hay mucho por limpiar y exterminar en nuestro mundo de hoy, Vera. Pero dudo si será ése el medio idóneo de atacar un mal en su raíz.

Siguieron caminando, entre los puestos de mercadillo dispersos por las calles. El aire olía a verduras, a frutas, a mil heterogéneas mercancías en venta. La gente charlaba en grupos excitados. No había otro tema de conversación en el East End: el acuchillador monstruoso de las noches de Whitechapel.

Llegaron ante la fonda del Gorrión Azul. En la puerta de la taxidermia, un hombrecillo irritado, enjuto y malhumorado, empezó a gesticular al verles venir.

—Por favor, señorita Aston, es tarde, muy tarde —masculló, nervioso—. Tengo cosas que hacer, no comprendo su tranquilidad en volver a la tienda.

—Señor Robbins, le dije que tardaría cosa de una hora, y apenas si se ha cumplido ese plazo —replicó ella, secamente—. Si juzga que obré mal, puede despedirme del empleo y…

—¿Despedirla? ¡Oh, cielos, no, eso no! —Se apresuró a exclamar el disecador—. Sabe que estoy muy satisfecho con usted, señorita Aston, y bajo ningún concepto la despediría, no dándome motivos graves para ello, ¡palabra!

—Todo lo contrario que me ocurre a mí, señor Robbins —sonó la agria voz de la señora Evans, al abrirse bruscamente la puerta del número 20 de Saint Mark Road—. ¡Vamos, Kim, fuera de mi casa de una vez! ¡No admito rameras más o menos disimuladas en ella!

Kim, la doncella, apareció, con una maleta y un bulto. Se quedó en pie, en los escalones de salida, depositó su valija en tierra y se puso en jarras, agresiva, encarándose con su patrona.

—¡Oh, claro, usted sólo permite que haya una mujerzuela que persiga a los jóvenes en esta cochina fonda! —gritó Kim—. ¡Usted misma, señora… o lo que sea!

La viuda se quedó mirando a Brian Dawson, que contemplaba la escena con curiosidad y sorpresa. Enrojeció vivamente, y cerró de un portazo, mientras Kim la insultaba descaradamente, con el más bajo estilo imaginable. Luego recogió sus bártulos, dirigió una ojeada iracunda a Brian y a Vera, y se alejó mascullando:

—¡La muy… perra! ¡Más valdría que se ocupara de averiguar adónde van sus huéspedes durante la noche cuando alguna chica es asesinada en este cochino barrio de rufianes!

Y sacando la lengua, rabiosa, a cuantos se mofaban de ella, la exuberante Kim se alejó calle abajo, hacia Scarborough Street. Brian siguió, irónico, el bamboleo llamativo de sus caderas y nalgas.

Al volverse, se tropezó con la mirada pensativa y grave de Vera Aston, fija en él.

—¿Qué quiso decir con eso? —indagó alarmada.

—No lo sé… —Brian se encogió de hombros—. Cuando menos, yo no recuerdo haberme ausentado nunca de mi alojamiento en noches semejantes… ni creo que lo hiciera tampoco mi compañero y amigo, Clifford Blake.

* * *

—¿Yo? ¡Cielos, claro que no! —susurró Blake, dominado su agitación—. ¿A santo de qué iba a salir de la casa, Brian?

—No lo sé —Dawson colocó cuidadosamente su halcón disecado, tras limpiarlo de polvo con minuciosa atención. Luego, sin volverse, caminó hacia otro mueble y dispuso con simetría las figurillas de porcelana inglesa—. Hablo sólo de lo que mencionó esa chica…

Kim…

—Oh, Kim… —Clifford Blake sacudió su rubia cabeza, resignado —. Tenía que suceder. La señora Evans la sorprendió en el dormitorio de ese huésped del piso alto, el señor McHale… Y por lo visto, en situación harto comprometida.

—La señora Evans es muy severa… a veces —comentó

secamente Brian.

—¿A veces? —Clifford giró la cabeza hacia su amigo, sin dejar de disponer cuidadosamente su instrumental quirúrgico en el estuche, antes de ir hacia el hospital del doctor Elder—. ¿Qué pretendes decir con eso, Brian?

—Oh, Cliff, no nos engañemos —resopló Dawson—. Los dos conocemos el asunto a fondo. Esa dama se vuelve loca por un joven huésped como tú… o como yo. Lo sé por experiencia. ¿Tú, no?

—Sí, claro… —Blake se frotó el mentón, preocupado—. ¿Por qué darle importancia? Es viuda, joven aún…

—Conforme, Cliff. Pero que no censure a otras personas, como esa chica, Kim. Todas son de una misma especie. Como las que matan en esas calles. Como Martha Turner, Mary Ann Nichols o Annie Chapman.

—Brian… —se angustió Blake, mirando a su amigo—. Recuerdas demasiado bien sus nombres.

—¿Tú, no? —dudó Dawson, rápido, agudo como una centella—. Los repiten cada día los diarios, Cliff.

—No… no me gusta leer esos temas.

—¿Por qué no?

—No sé… —enjugó el sudor de su rostro—. No me gusta, Brian, es todo. Resulta tan espantoso lo sucedido…

—Espantoso, sí. Pero no lo será menos cerrando los ojos a la realidad —le contempló, glacial—. Si ese monstruo mata por terminar con cierta clase de mujeres… Kim y la señora Evans no pueden ser en modo alguno una excepción, estoy seguro.

—¡Por favor, no hables así! —jadeó Cliff.

E inesperadamente, se precipitó en su habitación, cerró tras de sí y aseguró la puerta con llave y pestillo, sin añadir más.

Su amigo Brian Dawson se quedó mirando aquella puerta cerrada. Sus ojos negros centelleaban ardientemente. Repitió entre dientes, dando media vuelta, camino de su propia habitación:

—Ellas también… ¡Ellas también deberían morir!

* * *

Clifford Blake estaba asustado.

Muy asustado. Tanto, que abrió el estuche que comprara aquella misma semana, lejos de Whitechapel, de regreso de la Facultad de Medicina. Contempló lo que el estuche contenía.

Era acero. Centelleante, frío, azul acero.

Lo tomó con manos temblorosas. El espejo le devolvió una imagen desencajada de sí mismo.

—Sé… sé dónde se aloja ahora Kim, la doncella… —jadeó, hablando consigo mismo—. Tal vez lo sepa también Brian, no sé… Ella dejó el papel escrito en la repisa, junto al maldito y feo halcón embalsamado. Ese fonducho de Todd Brewster, el sucio bribón de Tenter Lane. Allí está ella ahora, esperando un empleo… o cualquier cosa que le dé dinero. No es muy escrupulosa. Dios mío, no quiero… ¡no quiero que se repita todo…! Será mejor… así…

Manipuló el acero. Lo ajustó a sus muñecas. Lo encajó con un doble chasquido. Las flamantes esposas quedaron cerradas. Ajustadas. Inamovibles ya.

La llave no estaba en el estuche Él procuró que no estuviera allí. Brian ignoraba que era él quien la tenía. Esperaba que no le hubiese visto ponerla en el jarrón de porcelana de su dormitorio, junto al lavabo.

Ya estaba. Esposado, la puerta cerrada, asegurada con pestillo, con llave… Quitó, la llave de la cerradura, Con ella en la mano, se movió por la pieza. Asomó un momento a los cristales, de la ventana, miró al exterior.

Niebla. Mucha niebla. Espesa niebla, frío y humedad…

No se veía ni siquiera el muro de ladrillos, ni la hiedra. Los faroles de gas en la calle, eran sólo manchones lejanos, difusos, de claridad turbia.

—Dios mío, qué noche… —jadeos—. Debo hacerlo. Debo evitar cualquier error. Ya… ya encontraré mañana una explicación para Brian… Él no entenderá… ¡No debe entender! Nunca… nunca volveré a salir… a andar por ahí… ¡A matar! ¡Nunca!

Y, con un sollozo, abrió la ventana, tiró la llave a la niebla, que la tragó, en la invisible masa espesa, grisácea…

Luego, cerró de nuevo, violentamente, pasó el pestillo. Corrió con sus manos esposadas hacia el lecho, para arrojarse en él de bruces.

Entonces, inesperadamente, el rubio Clifford Blake se golpeó

contra el lavabo. Volcó la jarra llena de agua, con un crujido áspero de loza rota. Tambaleóse el mueble donde se sostenía la palangana de piedra… y una botella con un vaso, cayeron al suelo.

¡CRAAASSSHHH…!

Estallaron en mil pedazos. Se hicieron añicos a sus pies, le salpicaron de agua. Intentó llevarse las manos a los oídos, ensordecidos por el estruendo súbito de vidrios.

Todo inútil. Esposado como estaba, no pudo abarcar ambos lados de su cabeza. Se tapó un oído con las manos, otro contra la almohada, frenético, rabioso, convulso, entre espasmos de epiléptico…

—¡No, no quiero! —sollozó—. ¡No quiero matar! ¡No quiero…!

Y en sus oídos, en su cerebro, en sus sentidos todos, se repetía mil veces el estruendo pavoroso de vidrios astillados, centuplicándose en un vacío sin fin, repleto de ecos:

¡Craaaaashhhh…! ¡Craaaasssshhh…! ¡Craaaasssshhh…! ¡CCCRRRRAAASSSHHH…!

Y su voluntad, su mente, su subconsciente, insistieron, en un caso alucinante:

—No, no… ¡No quiero matar! ¡No quiero MATAR…!

* * *

Matar…

Matar…

MATAR…

Era un repicar metálico, insistente. Un eco que se alejaba, que se perdía en la oscuridad y en la distancia.

Al final, Clifford Blake se sintió sumido en un apacible silencio, en una calma profunda y sedante. Respiró hondo. Se sintió mejor.

En su mente, había una espantosa confusión de sonidos anárquicos: gritos, carreras, silbatos, voces…

Ahora, no había nada. Sólo silencio. Un tremendo silencio sin principio ni final.

—¿Qué… qué ha sucedido? —jadeó, como despegándose de un amasijo pastoso de tinieblas que pretendieran tenerle adherido a un suelo negro, sucio, húmedo, viscoso y sombrío.

Lo primero que vio, fue la punta de sus zapatos negros, charolados. Su pantalón ceñido, los pliegues de su capa… ¿Por qué? ¿Por qué todo eso? Se había acostado. En mangas de camisa. ¿Qué hacía ahora de este modo?

Puso una mano en un suelo empedrado, frío, mojado. Se apoyó. Empezó a incorporarse. Pasó la otra mano por su frente sudorosa, fría, bajo mechones de cabello despeinado.

¡La otra mano!

Inmediatamente recordó: vidrios rotos, estruendo ensordecedor, manos buscando los oídos… Manos ESPOSADAS. ¿Qué sucedía? Ahora podía manejar ambas manos, lejos una de otra.

Las contempló. Se miró, despavorido. Desorbitó Clifford sus ojos. Emitió un aullido, que una de sus propias manos enguantadas ahogó al oprimir sus labios.

Sangre…

¡Sangre en sus dedos! Sangre reciente, empapando sus guantes negros, manchando el suelo, salpicando incluso sus botas charoladas. A sus pies, un estuche abierto. Un estuche de cirujano. ¡Y bisturíes dispersos por tierra! ¡Bisturíes ensangrentados!

Contempló alucinado aquellos instrumentos afilados, de acero azul, centelleante al reflejo de una farola de gas en la niebla. Se pudo poner en pie. Tambaleándose, se apoyó en el húmedo muro de una callejuela, junto a una esquina porcheada, donde sólo la niebla parecía tener alguna forma.

Luego, la vio a ella.

Hundida a medias en el alto cubo de basuras. Entre desperdicios. Muslos al aire, desgarradas sus medias de algodón, su corpiño, roto su vestido oscuro, hendido a tajos su cuello, sus senos, su vientre, sus piernas… Sangre roja, goteando desde el cubo al suelo.

—¡Kim! —aulló—. ¡Kim, la doncella…!

Los ojos de ella, bajo matojos pelirrojos de cabello revuelto, manchado de escarlata, se clavaban en él vidriosos, desorbitados, como acusándole terriblemente desde el Más Allá.

Luego, a espaldas de Clifford Blake, sonaron gritos, silbatos policiales, carreras de personas… acercándose al lugar del horror.

Blake golpeó con sus pies ensangrentados el estuche y las piezas de cirugía, al huir.

Pero sus pisadas sonaban con demasiada fuerza en el húmedo

empedrado. A través de la niebla, comenzó la caza del asesino.

CAPÍTULO VII

DOBLE IDENTIDAD

Lo había conseguido.

Estaba en casa. En su casa. En el Gorrión Azul.

Había sido una fuga desesperada, alucinante casi. Un angustioso calvario en la niebla. Pero su voluntad había salido vencedora. Ya estaba a salvo. Definitivamente a salvo.

Cerró la ventana abierta, tras de sí. Se detuvo, jadeante, en la habitación, donde brillaba la luz del quinqué, sobre la mesita. Rápido, corrió allí. Lo extinguió. Se mantuvo quieto en la sombra, conteniendo el aliento, temiendo lo peor.

Pero no sucedió nada. Por la calleja cercana, se perdieron en la distancia las carreras, las voces de alerta, los estridentes silbatos de la policía. Él, Clifford Blake, estaba a salvo. En su dormitorio.

Sus manos, sus ropas, incluso su piel, estaba seguro de ello, olían a sangre. A sangre humana. Pero estaba fuera del alcance de los agentes de policía, de la ley que le persiguiera implacable a través de la madrugada de Whitechapel, a través del velo espeso de la niebla, durante casi media hora. Treinta minutos angustiosos, interminables. Y al fin, estaba fuera de peligro. Donde nadie imaginaba que podía estar el asesino de Kim, la doncella.

Que era como decir el asesino de todas las demás: de Martha Turner, de Mary Ann Nichols, de Annie Chapman… De todas.

El corazón parecía saltar dentro de su pecho, subir a su boca jadeante, extenuada. Pero lo peor se había superado. Nadie le encontraría allí. Ningún *policeman* acusaría a Clifford Blake de asesinato.

Sólo que él… él sabía que sí era un asesino.

Lo sospechó antes. Ahora, estaba seguro.

El… Clifford Blake… ¿o el otro?

¿Podían acusar al joven, risueño y cordial estudiante de medicina… o a la persona oculta que vivía encerrada dentro de él, al demonio sanguinario que un simple quebrar de vidrios dejaba en libertad, como a un monstruo aterrador y siniestro?

Aunque a fin de cuentas, Clifford Blake, el joven estudiante… y aquel maníaco sanguinario… no eran sino UNA MISMA PERSONA.

Y esa persona era él.

—Tengo que sincerarme… —jadeó, contemplando sus manos sin esposas. Avanzó, comprobó que la puerta estaba abierta, ya sin llave ni pestillo—. Tengo que hacerlo, o enloqueceré. Es mejor arrostrar la realidad. Mucho mejor…

No tenía nadie a quien revelarle la espantosa verdad de su vida, el horror de su secreto mental. Nadie… salvo Brian Dawson, su camarada, su amigo, casi su hermano.

Abrió la puerta. Caminó en la sombra, como un sonámbulo. Avanzó, apoyándose en la repisa de la chimenea, en los muebles del gabinete de trabajo. Casi derribó al halcón disecado. Pero pudo sujetarlo en el aire. Luego, alcanzó la puerta de la alcoba de Dawson, descubrió con alivio una rendija de luz bajo la misma.

—No duerme —musitó—. No duerme aún. Podré confesarme, sincerarme con él… de una vez por todas, ocurra lo que ocurra. Brian sabrá… Brian sabrá lo que hay que hacer conmigo.

Abrió impulsivamente la puerta, sin pensarlo más. Brusca, violentamente casi.

—¡Brian! —llamó—. ¡Brian, te necesito, amigo!

Brian Dawson, repentinamente lívido, se volvió hacia él. Alucinado, sin creer lo que veía, Clifford Blake descubrió a su amigo en mangas de camisa, con las manos hundidas en la palangana, lavándose en… en agua sanguinolenta, rojo intensa. También su blanca camisa, e incluso su chaleco gris, de doble fila de botones, aparecía salpicado de sangre.

* * *

—¡Brian…! ¿Qué significa…?

—Oh, Cliff, Cliff… ¡qué inoportuno has sido! —jadeó Brian

Dawson, con voz estremecida—. ¿Por qué tuviste que aparecer precisamente ahora?

—Brian, ¿qué… qué es toda esa sangre?

—¿Y tú lo preguntas? —Rió sordamente Dawson—. ¿Tú, Cliff?

Los dos amigos se contemplaron en un silencio tenso, angustioso. Blake se estremeció al susurrar:

—¿Qué… qué quieres decir, Brian?

—Bien lo sabes. Para mí, nada de cuanto te sucede es un secreto, Cliff…

—No sé a qué te refieres. Estás lavando tus manos de sangre. Tu camisa está roja… Estás vestido, vienes de la calle…

—Es cierto todo eso. ¿De dónde vienes tú acaso, Cliff? —replicó fríamente su amigo.

—De… de la niebla. De la noche, Brian… De la muerte misma, según creo…

—La muerte… ¿de quién? ¿De otra mujer? ¿De una cualquiera, una trotacalles degollada y acuchillada sin piedad, Cliff?

—Esta… esta vez ha sido… Kim.

—Kim… —lentamente, la cabeza de Brian se movió, asintiendo—. Debí imaginarlo…

—¿Qué… qué estás insinuando, Brian? —gimió la voz ahogada de Clifford Blake.

—Siempre supe lo que te sucede, Cliff. Tu esquizofrenia desde niño. Una doble personalidad. Basta un simple ruido que rompa el equilibrio de tu mente. Vidrios, Cliff. Vidrios rotos. Tu padre habló de eso al mío. Prometió cuidarte, pero también murió tempranamente y no pudo hacerlo. Me… me rogó a mí que lo intentara todo. Por desgracia, no se sabe mucho aún sobre enfermedades mentales. Y tú no eras peligroso, Cliff. Sólo que… dejabas de ser un muchacho amable y sonriente, para volverte un hombre violento, de extrañas reacciones. Pero jamás hiciste daño a nadie. Era sólo un desdoblamiento de personalidad, como tener dos personas diferentes dentro de uno mismo, pero ahí terminaba todo. Una amnesia temporal y el uno ignoraba lo que hacía el otro. Al volver a tu consciencia habitual, el trance se olvidaba por completo. Pero empiezas a darte cuenta, Cliff. Empiezas a notar que existe otro dentro de ti… y puede llegar incluso a… a dominarte, si no lo ha hecho ya.

—Otro… ¡otro hombre, otro cerebro, otro instinto! —jadeó Clifford Blake, pasando una mano trémula por su rostro, lívido y crispado—. Es… es horrible, Brian.

—Nada es realmente horrible, mientras tiene remedio, mientras no ha sucedido algo irremediable.

—Pero… pero ha sucedido, ¿verdad, Brian? Lo sé… Y tú lo sabes también… El asesino nocturno… ¡El degollador de mujeres! Soy… SOY YO, ¿no es cierto?

—No puedo saberlo —suspiró Brian, grave su expresión, fija su impenetrable mirada en el gesto patético de su amigo—. Sólo sé lo que veo. Tu sangre, tu terror, tus ropas manchadas de rojo.

—Me… me esposé esta noche —sollozó Clifford Blake—. Tenía miedo, quería… quería evitar cualquier riesgo. Dejé… dejé las llaves aquí, en tu alcoba.

Fue hasta el jarrón de loza, lo volcó. Nada cayó del recipiente. Ni una llave del doble juego de aquellas esposas. La angustia de Blake creció de grado. Su voz se hizo estridente:

—¡Cerré la puerta con pestillo, con llave, arrojé ésta al patio, a la niebla…! Pero salí de la habitación, Brian… Salí… y acabo de volver, huyendo de… de la gente, de la policía que me perseguía.

—Acaba, Cliff. ¿Crees que viniste aquí a por esas llaves, que abriste tus esposas, que buscaste luego la otra llave en el patio, y dejaste abierta la puerta para tu regreso, utilizando antes la ventana? ¿Es eso lo que crees?

—Sí… Sí, Brian…

—Y crees… ¿crees que mataste a Kim, la doncella de la señora Evans?

—¡Sí!

—Serénate, Cliff. Cuéntamelo todo, sin omitir detalle. ¿Recuerdas haber cometido el crimen?

—No, no… Desperté… desperté en la calleja, junto… junto al charco de sangra, los bisturíes… Ella estaba destripada allí, a mi lado… ¡Era espantoso, Brian!

—Lo imagino —respondió hondo Brian, muy pálido, desviando su mirada—. Pero no sabes con total seguridad que lo hiciste tú. No podrías jurarlo, Cliff.

—No, eso no… Mi memoria… sólo me es fiel de cosas… que habían ocurrido ya… —se acercó bruscamente a Brian, aferró sus

brazos mojados—. ¡Escucha esto! ¡Quiero estar seguro, saber si yo soy, realmente, el monstruo que anda por ahí matando mujeres!

—¿Acaso imaginas que tengo yo la respuesta, Cliff?

—Entonces… ¿qué haces aquí? ¿Por qué estás despierto tan tarde, por qué estás vestido… ensangrentado…?

—Mira esto —Brian alzó su mano zurda. Mostró un profundo corte que aún sangraba en el agua de la palangana—. Me herí esta noche, practicando en el hospital del doctor Elder. Eso ha sido todo, Cliff. No sé nada de ti… ni de Kim o de otra mujer. No te seguí, no he sido testigo de nada, si te refieres a eso. Por un momento pensé que estabas convencido de tu posible culpa en esos crímenes. Sabía que no estabas en tu habitación, oí esos silbatos y esos gritos. Temí lo peor. Quizá esto sea lo peor, no lo sé. Pero no podemos estar seguros. Lo que debes hacer ahora es ocultar esas ropas sucias de sangre, lavarte, tomar un sedante y descansar. Yo trataré de averiguar mañana, con más calma, qué es lo que te sucede… y qué es lo que ha pasado realmente.

Tomó a Clifford Blake con persuasiva, firme cordialidad, tras aplicar un apósito de gasa y esparadrapo a su herida de la mano izquierda. Cliff, como sonámbulo, se dejó llevar a su habitación, se dejó acostar, tras ingerir dos cápsulas de un sedante.

—Ahora, duerme, Cliff —recomendó su amigo—. Si realmente mataste tú a esas mujeres… no pueden ahorcarte por ello. No serías responsable. Nadie es responsable de poseer un *otro yo* de cuyas acciones no tiene noticia. Nadie… haga lo que haga.

Le sonrió amistosa, extrañamente. Y cerró la puerta tras de sí, dejándole sumido en aquel naciente sopor tan confortante. Se sentía cansado, aterido. Y quería dormir. Dormir…

Pero una vez solo, Clifford Blake aún tuvo energías para incorporarse, caminar tambaleante hasta la repisa donde dejaba su estuche de instrumental. Abrió la tapa. Contempló las piezas de brillante acero.

No faltaba ni una. Todo su juego de bisturíes y de instrumentos cortantes de cirugía, estaba allí, intacto. No eran de él los sangrantes bisturíes del callejón de la muerte…

—No lo entiendo… —regresó, aturdido, al lecho, sintiendo que aumentaba su sopor, vencido ya por el efecto del sedante—. No lo entiendo… Si no eran mis instrumentos… ¿de quién eran?

La imagen de un Brian Dawson pálido y nervioso, enjuagando sus manos tintas en sangre, con la blanca camisa de seda salpicada de rojo, acudió a su mente como un repentino estallido de comprensión.

Pero se durmió inmediatamente, y todo eso dejó de tener sentido para él.

* * *

La semana del veinticinco al treinta de septiembre, resultó muy sonada para Londres, para el East End, para Whitechapel en especial… y también para la policía londinense.

Entre el 29 y el 30 de septiembre, en Berner Lane número cuarenta, apareció asesinada Elizabeth Stride, conocida también como Long Lizz. Otra trotacalles ferozmente acuchillada, fue encontrada por un buhonero en la angosta callejuela que unía Commercial Road con la zona del ferrocarril, en el corazón mismo de Whitechapel. No muy lejos de Saint Mark Street por cierto.

La infeliz había sido degollada y mutilada de forma inconfundible: la misma mano criminal estaba presente en el crimen. Pero eso no fue todo.

Simultáneamente, esa misma madrugada, en la plaza Mitre, un agente de servicio proyectó la luz de su linterna sobre el cuerpo de una mujer, encogido en un charco escarlata. Esta vez se trataba de Catherine Eddowes, también prostituta y medio alcohólica, como la anterior. Cuarenta y tres años. Su rostro era irreconocible. Y su cuerpo ofrecía un aspecto realmente espantoso. El ensañamiento del monstruo había sido esta vez mayor que nunca.

Las autopsias no revelaron nada nuevo. Se trataba de cortes perfectos, obra de una mano hábil en el manejo del arma cortante. Y a juzgar por la furia helada con que se cometieron ambos crímenes, una demencia peligrosa, satánica y harto inteligente, dominaba al autor de aquellos horrores.

Sir Charles Warren fue inmediatamente informado por Abberline. Y entonces, el comentario del jefe superior de policía londinense, fue rotundo:

—Cielos… En ese caso… la carta tuvo razón.

* * *

La carta.

La habían ocultado celosamente a los periodistas hasta entonces, para no ser el hazmerreír de los reporteros. Pero ya era imposible ocultarla más, porque otra carta fue enviada esta vez a la Central News Agency, para su difusión.

La primera, fechada el 25 de septiembre de 1888, comenzaba diciendo, entre otras cosas:

> *No cesaré de destripar furcias. El último trabajo me salió bordado. La mujer no tuvo tiempo de dar un solo grito. Retengan esta carta hasta que haga algún trabajo más.*
>
> *Suyo atento:*
>
> *Jack el Destripador.*

Jack el Destripador.

El asesino no tenía rostro conocido. Pero ya tenía un nombre.

Y se lo aplicaba él mismo, firmando sus misivas. La segunda carta, publicada en todos los diarios de Londres tras el doble crimen de la madrugada del veintinueve al treinta de septiembre, ofrecía otros párrafos de gran interés y escalofriante cinismo:

> *No bromeaba cuando dije que Jack se pondría a trabajar si se le presentaba una ocasión. Esta vez el acontecimiento ha sido doble. Gracias por haber retenido mi carta anterior hasta el momento de echarme de nuevo a la calle.*
>
> *Suyo:*
>
> *Jack el Destripador.*

Días más tarde, entre otras varias y desafiantes cartas reproducidas en todos los diarios del país, en medio del escándalo monumental de opinión pública, autoridades, Prensa y hasta altas esferas políticas, sin faltar el propio Palacio Real, llegó el extraño verso firmado por Jack:

> *Sir:*
>
> *I have no time to tell you how*

I came to be a killer.
But you should know, as time will show,
That I am the society's pillar.

Jack the Ripper[4]

«Un pilar de la sociedad…». La altanera afirmación versificada del misterioso y desafiante destripador de Whitechapel, fue como un mazazo más sobre la aturdida policía inglesa y las teorías más habituales sostenidas al respecto. Un médico, cirujano, una persona de buena familia o un estudiante de Universidad. Cualquiera de esas personas podía ser considerada *pilar de la sociedad* de su tiempo.

Pero sobre la auténtica personalidad del monstruo, nada nuevo añadía el desafío de éste, hecho público en todo el país, en medio de protestas, indignadas críticas a la policía y, sobre todo, terror.

Terror desatado.

En todo Londres. En el East End, especialmente. Y muy en particular, en Whitechapel y Spitalfields, escenarios predilectos de los ataques sangrientos de Jack el Destripador.

La gente se miraba entre sí desconfiada, las mujeres huían, los garitos y tabernas se cerraban a hora temprana, y no había mujer pública con valor suficiente para aceptar la compañía de un hombre en la madrugada. Incluso las mujeres de toda condición social, corrían a refugiarse en sus casas apenas oscurecía y la niebla otoñal, fría y viscosa, se enseñoreaba de las mal alumbradas callejuelas, ahora recorridas en todas direcciones por carruajes de la policía, agentes en grupos de tres, y detectives de paisano, que buscaban en vano la presencia de un hombre alto, vestido de oscuro, con un maletín de médico en sus manos enguantadas.

El terror invadía Londres. Un terror instintivo y frenético. El miedo a ser la siguiente víctima de Jack el Destripador, era como una helada corriente que lo azotase todo.

Pero no hubo ningún otro crimen por el momento. Sólo las sangrientas misivas de Jack el Destripador, cada vez más numerosas y desafiantes, burlándose de todos sus perseguidores.

Sólo eso… hasta el nueve de noviembre de aquel mismo año, casi dos meses después del doble asesinato de Whitechapel.

Cuando las mujeres públicas del East End, acuciadas por sus necesidades, habían empezado a olvidarse del peligro que corrían, y

salieron de sus escondrijos, reanudando su sórdida vida habitual.

Entonces volvió a descargar su golpe terrorífico Jack el Destripador.

CAPÍTULO VIII

DUDA

—No lo comprendo. ¿Qué le sucede a su amigo, Brian?

—No se encuentra muy bien últimamente, señora Evans. Parece que algo afectó a su hígado, y le exige un largo reposo.

—Pudo avisar al doctor Elder, y él hubiera…

—Mi querida señora Evans, el doctor Elder no me merece gran confianza como médico, aunque yo trabaje con él en mis prácticas quirúrgicas —le recordó secamente Brian Dawson, tomando la taza de caldo de manos de su patrona—. Y yo terminaré mis estudios de Medicina y Cirugía el próximo curso. Creo que tengo conocimientos sobrados para diagnosticar una dolencia hepática y para atenderla debidamente también.

—Oh, claro, torpe de mí —suspiró la dama—. Perdone, Brian, pero me siento inquieta por la salud de nuestro joven amigo. Además, se nota su ausencia en el comedor. Es el más locuaz y amable huésped de mi fonda, usted lo sabe…

—Sí, señora Evans —sonrió Brian—. Es posible que pronto esté en condiciones de levantarse. Ahora, voy a darle este caldo, antes de que se enfríe. Hasta después, señora Evans.

Dejó a la dama, entrando en el pabellón con el caldo. Poco después, se reunía con Cliff en la habitación de éste. El muchacho aparecía pálido, pensativo, sentado ante su secreter, envuelto en la bata de lana, que anudaba con el cordón de seda granate. Estaba leyendo y tomando apuntes de sus libros de Medicina. Alzó los ojos para mirar a Brian con indiferencia.

—Tu caldo, Cliff —dijo su amigo. Puso la taza junto a él, y arrugó el ceño—. La señora Evans me preguntó muy interesada por ti.

—Oh, esa lagartona… —suspiró Clifford Blake—. Que se vaya al diablo.

—¿De veras crees que estás mejor aquí encerrado, desde hace más de un mes? —dudó Dawson.

—Sí, Brian. Yo sé lo que hago —contempló la ventana ajustada, los postigos asegurados con pestillos y cerrojos—. Es mejor así.

—Es una locura. No ganas nada metiéndote aquí, como un recluso.

—Quiero hacer un experimento, Dawson.

—¿Un experimento?

—Lo estoy haciendo ya —sonrió débilmente el rubio Blake—. Ya ves cómo van las cosas en el barrio. No ha vuelto… a suceder.

—No, ya sé. Pero eso no quiere decir nada. Yo cierro tu puerta por la noche, yo vigilo. No abandonas tu habitación, conforme. Sólo que… alguien escribe esas cartas a los diarios, ¿no?

—¿Jack el Destripador? —Clifford soltó una seca carcajada—. Las he leído todas. Es un estilo feo y repulsivo. Algo que yo nunca escribiría, pero que quizá escriba mi… mi otro yo.

—¿Cuándo y en qué forma? No sales de aquí. No puedes depositar esas misivas en el correo, Cliff. Eso parece probar tu inocencia, al menos en lo de las cartas. Y la policía no parece dudar sobre la veracidad de lo que escriben en ellas. Están seguros de que el criminal y el autor de esos mensajes, es la misma persona. Como médico, opino igual. Hay algo en común entre la mano ejecutora y la mano que empuña la pluma. Audacia, frialdad, astucia, desprecio, falta de piedad… Quizá algo más, no sé.

—Quizá, Brian —Cliff sacudió la cabeza—. ¿Revisas tú mi correo?

—No lo hacía antes —sonrió Dawson—. Ahora sí. Cada día. No he visto ningún sobre azul, dirigido a la Central News Agency, la verdad.

—Eso sería demasiado fácil —Cliff se tocó la frente, con una extraña sonrisa—. Si el ser que anida aquí dentro es todo lo inteligente y cruel que imaginamos… habrá hallado el medio de escribir sin que yo, como Clifford Blake, me entere. Y sin que tú ni los demás lo sepan, Brian.

—Es posible —Dawson se encogió de hombros. Acercó el caldo a su amigo—. Bebe eso antes de que se enfríe, mi querido amigo. Y

no te tortures demasiado con ese problema de dualidad de identidades. La esquizofrenia es un mal, una enfermedad. No debes adquirir otra más grave, a fuerza de atormentar tu pobre mente fatigada, Cliff.

—No me atormento. Sencillamente, espero.

—¿Qué esperas, Cliff? —Se intrigó Brian, entornando sus oscuros, fríos ojos calculadores.

—No lo sé —musitó, probando el tibio caldo de gallina—. No lo sé, Brian… y eso es lo que me asusta. Pero sea lo que sea, está al llegar, lo presiento…

Hubo un silencio. Ambos amigos se miraron, pensativos. Dawson caminó hacia la puerta del dormitorio.

—Voy a descansar un poco —dijo—. Son ya las siete y media, y ha oscurecido. La niebla hoy es muy espesa. No se ve a cuatro pasos de distancia.

—Niebla —se estremeció Cliff. Y cerró los ojos, retrepándose en el asiento.

—Te dejaré el oporto para que lo tomes —dijo Brian, tomando una botella y una copa, y dejando ambas cosas junto a la taza de caldo—. No olvides alimentarte, Cliff. Estás muy desmejorado últimamente.

Salió en silencio, cerrando tras de sí la puerta. La llave giró dos veces en la cerradura. Clifford Blake se quedó solo, encerrado de nuevo en su propio dormitorio. Se puso en pie caminando despacio hasta la puerta. Se detuvo a escuchar.

Afuera, repentinamente, sonó un golpeteo suave en la puerta del pabellón del patio. Cliff aguzó el oído. Oyó que se abría la puerta vidriera. Le llegó una exclamación sorprendida, de su amigo Brian:

—Vera… ¿Usted? —Le oyó exclamar.

—Hola, Brian —saludó la muchacha, con su inconfundible voz —. Hace días que no les veo a usted ni a Cliff. Quería saber de ustedes, y me decidí a visitarles.

El murmullo de voces se alejó. Clifford se puso rígido. Apretó sus manos, hasta que blanquearon los nudillos.

—Vera… —susurró—. Vera Aston… Oh, no. Es peligroso. Muy peligroso.

Caminó agitadamente hasta la ventana. Forcejeó con ella. No podía abrirse en modo alguno. Se había preocupado ya Brian de

eso, de acuerdo con sus indicaciones. Cliff se mordió el labio inferior. Un surco de preocupación asomó a su frente amplia, bajo un rizo dorado de su rebelde cabello. Los verdes ojos chispearon, inteligentes y agudos.

Abrió el armario, apartó sus ropas colgadas, alcanzó la vieja maleta, al fondo. La abrió. Tomó consigo la pistola cargada, que guardó cuidadosamente bajo su bata. Luego, levantó sus prendas interiores, cuidadosamente apiladas en el fondo de la valija.

Aparecieron los sobres azules, las hojas de papel-tela, rectangulares, tamaño cuartilla. Las piezas de cirugía, afiladas, centelleantes… y unos mechones de cabello rojo, con sangre adherida. Cabello que guardó de nuevo en uno de los sobres azules, con expresión sombría, llena de angustia.

—Todo esto… —susurró—. Todo esto es de él… No sabe que lo encontré y lo oculto aquí. Pero puede sospecharlo en cualquier momento. Confío en haberle engañado, haciéndole creer en mi complejo de culpabilidad. Él no parece saber que estoy enterado de que mi esquizofrenia, mi doble personalidad, provocada por la rotura de vidrios, es perfectamente inofensiva, según el doctor Barrow, el hombre a quien el doctor Elder me envió secretamente. Brian no imagina que yo sospeche.

Angustiado, estrujó aquellos mechones de cabello entre sus dedos. Cabello del cadáver de una de las mujerzuelas, exactamente de la pelirroja Catherine Eddowes, la última víctima de Jack el Destripador.

Todo había sido hallado en el mismo lugar por Clifford Blake, tras su primera sospecha inicial, aquella horrible noche en que Kim fuera asesinada.

El dormitorio de Brian Dawson.

—Ahora… ahora tengo que proteger a esa chica, a Vera… —musitó Cliff, tenso, buscando una solución de emergencia al peligro que intuía latente esa noche de profunda niebla—. ¡Tengo que evitar que Brian Dawson asesine ahora a Vera…! Pero ¿cómo, Dios mío?

* * *

—Brian. Le noto pálido, desmejorado…

—Creo que todos estamos un poco desmejorados últimamente —sonrió forzado Brian. Movió su morena cabeza, pensativo—. Cliff sufre algo hepático y cuido de él. No descanso mucho, obligado por mis estudios. Pero no es nada serio, se lo aseguro, Vera.

—¿No puedo ver a Cliff? Me hubiera gustado charlar con él.

—Es tarde, y debe descansar. Venga mañana, de día. Comeremos juntos, si lo desea. Eso si es que ha podido olvidar mi imperdonable error de entonces. Le aseguro, Vera, que nunca más dejaré de acudir a una cita con usted. Y seré puntual. Absolutamente puntual, amiga mía.

—No se preocupe —sonrió la muchacha—. Está olvidado por completo. Sé que su tiempo resulta a veces de oro. Y cuando se hacen prácticas de cirugía en un sitio como en el Hospital del Buen Obispo… nunca se sabe si uno ha de intervenir a alguien con urgencia. No tiene que disculparse más, créame. Además, eso me sirvió para establecer amistad con Cliff. Es también un gran muchacho.

—Sí, lo es —Brian arrugó el ceño, como si le molestase esa insistencia de ella en su amigo. Miró el joven su reloj de bolsillo, y sacudió la cabeza—. Casi las ocho. ¿Va a su casa ahora, tan tarde y con semejante niebla?

—No tengo otro remedio —rió ella suavemente—. Además, no soy una mujer de esas que gusta de elegir el Destripador. Y hace tiempo que tampoco matan a ninguna.

—Calle, por Dios —se estremeció Brian. Sus ojos oscuros brillaron, extrañamente—. No hable así, Vera, se lo ruego. De cualquier modo que sea, no es agradable para una chica andar sola por esas callejuelas. La acompañaré un momento a su casa.

—No, Brian, no tiene que molestarse por mí.

—No será molestia —sonrió Dawson, enérgico, dirigiéndose al perchero, de donde tomó su sombrero de copa alta y su macferlán —. Por el contrario, resulta muy grato ir en su compañía, Vera.

Poco después, la señora Evans veía salir de la fonda a su huésped, Brian Dawson, dando su brazo a la bonita Vera Aston. Ambas jóvenes figuras, se hundieron en la niebla, espesa como puré. La patrona del Gorrión Azul meneó la cabeza, con un suspiro.

—Solamente se puede arriesgar una a salir con un caballero

como Brian Dawson, la verdad. Con semejante noche, el Destripador podría deambular por ahí de nuevo, a la caza de alguna mujer indefensa.

Bajó las cortinas de la ventana, y olvidó por completo a la joven pareja. Afuera, las farolas, de gas eran simples halos blancuzcos, flotando en la bruma. Y las figuras Humanas, borrosas siluetas que pronto se difuminaban en aquel gris denso y siniestro.

* * *

Clifford Blake se estremeció, aterrorizado.

La puerta de la pensión había sonado con fuerza. Era como Brian la cerraba siempre al salir. Y en esta ocasión tal vez no iba solo. Era de noche, había mucha niebla. Nada más natural que aceptar la compañía de una persona de confianza como Brian. Además, era guapo, alto, atractivo, serio. A Vera no le disgustaría ir escoltada por él.

—Dios mío… —se enjugó el sudor frío de su frente. Caminó por el dormitorio donde voluntariamente permanecía encerrado. Rápidamente, se inclinó, arrancando el reborde metálico, remachado, de la espesa alfombra de la habitación, junto a la puerta.

Apareció la llave debajo. La llave de reserva. La conservaba allí, a escondidas de todo el mundo. Era una copia de la llave de la puerta. Brian no sabía de su existencia. Había cuidado celosamente de ese punto, apenas se iniciaron sus terribles y oscuras dudas.

Brian estaría tranquilo al respecto: él permanecía encerrado. No podía dificultar su trabajo monstruoso. Hasta entonces, la esquizofrenia de Clifford Blake había sido muy útil al joven amigo y camarada. Fingiendo ocultarle, protegerle, cuidar de él. Brian Dawson cometía sus horribles crímenes en la niebla.

Brian Dawson, el inflexible. Moralista, puritano, cruel con las gentes de condición vil… Brian Dawson. ¡El Destripador!

Rico, joven, inteligente, culto, futuro médico, buen cirujano. Un pilar de la sociedad, ciertamente. No le faltaba razón al cinismo terrible de aquellas misivas.

Los sobres azules, inconfundibles. Eran los que Jack enviaba a la

Central News Agency. El mechón de cabello rojo de la trotacalles asesinada en la plaza Mitre, Catherine Eddowes… Detalle a detalle, había ido, componiendo el horrorizado Cliff aquel tremendo, sangriento puzle.

Las piezas de cirugía. No faltaba ninguna de su estuche. No eran suyas, sino… de Brian. La herida de Brian, la sangre… Todo coincidió de repente en la mente alucinada de Cliff. Su protector, su amigo leal, bondadoso, casi su encubridor, a juzgar por sus palabras y actitudes últimamente.

Un doble juego sutil y sinuoso. De una mente criminal, aguda, brillante, dedicada al mal. Y él, estúpido de él, había estado a punto de ser la víctima…

De no haber sido por el doctor Elder, por su recomendación para la consulta del psiquiatra, el doctor Barrow. Él le reveló que mucha gente padecía de esquizofrenia, que se desdoblaba en una ficticia y segunda personalidad oculta. A veces, ese *otro yo* era maligno, perverso. En su caso, no debía preocuparse. Todo estaba claro. Su madre se había suicidado siendo él muy niño. Se arrojó por el ventanal de su casa, allá en Norwich. El estrépito de vidrios, desgarrados por el cuerpo que caía mortalmente al vacío, dejó en el niño una terrible huella psíquica. Alteró su equilibrio mental. Hizo de él un ser diferente.

Cada vez que se rompían vidrios, Clifford Blake se desdoblaba en otra persona, en un niño grande, que olvidaba su otra vida habitual, que vivía en las sombras de una existencia ficticia, imaginaria, irreal.

Luego, el regreso a la realidad. El doctor Barrow había sido rotundo en eso: nada de peligro, nada de violencia. Un simple problema psicológico que estaba seguro de resolver en breve plazo.

Eso había abierto la puerta a la duda. La nueva y espantosa duda. Si él no era culpable, si su esquizofrenia era inofensiva. Brian era el asesino. Nada de protector, nada de amigo ni encubridor leal. Culpable. Culpable frío, consciente, deliberado. Y utilizando como coartada a un hombre enfermo. A su mejor amigo.

Abrió la puerta. Asomó al gabinete. Nada. Ni un ruido, ni una voz. Avanzó, cauteloso. Asomó al dormitorio de su amigo. Lo que temía.

Brian no estaba. El ambiente tenía un suave olor a lavanda. El

perfume de Vera…

—Tengo que evitarlo —jadeó—. ¡Tengo que evitarlo!

Vio que el macferlán no estaba. Tampoco el sombrero. Avanzó hasta el estuche de instrumental quirúrgico. Lo abrió. ¡Faltaban dos bisturíes, los dos más largos y punzantes!

Tal vez era demasiado tarde. El reloj marcaba las ocho y veinte minutos. Afuera, la niebla era algo apelmazado, gélido, casi con solidez pegajosa. No se veía nada ni a nadie. El terror hizo presa en Clifford Blake.

Ahora todo era una carrera contra reloj. Esperaba que llegase a tiempo.

—¡Cliff! Usted, mi querido amigo. Ya era hora de que lo viese.

Sobresaltado, se volvió. El disgusto asomó a su rostro. La señora Evans, en la puerta del pabellón. Con una bandeja. Y en la bandeja, alimentos, leche en un vaso…

—No puedo entretenerme —jadeó Clifford—. Lo siento, señora.

—Le traigo esto. Es para usted… Iba… iba a dejárselo ahí, en el gabinete. Su amigo Brian me recomendó repetidas veces que no le molestara… —La señora Evans dejó la bandeja sobre una mesita del gabinete, y estiró, femenina, sus ropas sobre la figura, remarcando la arrogancia de su torso espléndido, de sus caderas prominentes—. Pero ya que le veo…

—No voy a tomar nada ahora —replicó Cliff, agitadamente—. Tengo prisa. ¡Mucha prisa!

—¿Prisa? Creí que descansaba, simplemente. No le molestaré mucho tiempo. Le llevaré todo esto a su alcoba y… —Le brillaron los ojos con rara expresión a la señora Evans.

—¡No! —cortó bruscamente Clifford.

Retuvo a la dama, casi a viva fuerza. Forcejearon con la bandeja de alimentos, y se volcó ésta, arrastrando en su caída un quinqué de petróleo sin encender, que reposaba en una estantería. El vaso de leche y el quinqué, se hicieron añicos, al estrellarse contra el suelo.

Clifford Blake, que corría ya a por su capa y sombrero, para salir en busca de Brian y de Vera, se detuvo, angustiado, llevándose ambas manos a las sienes, oprimiéndose éstas, mientras dentro de su cráneo, millones de vidrios se rompían, creciendo su ruido, mientras una mujer caía, caía al vacío, entre multitud de vidrios de un ventanal.

—¡No, no, no! —sollozó Cliff—. ¡No más ruido, no más…!
—Venga, querido —siguió insistiendo la señora Evans.

CAPÍTULO IX

EL DESTRIPADOR

—Cielos, se hizo demasiado tarde, Brian…

—De veras lo lamento —suspiró Dawson—. Ha sido culpa mía.

—No debe disculparse. No tengo nadie a quien dar cuenta de mi horario —sonrió Vera Aston—. Vivo sola, y nadie controla mis idas y venidas. Sólo que es más de medianoche.

—El concierto del Crystal Palace terminó tarde —convino Brian —. No debí invitarla a cenar y escuchar ese concierto, Vera. Usted debe madrugar mañana y…

—De cualquier modo, ha sido una agradable velada, Brian. Se lo aseguro —sonrió ella—. No me importará perder alguna hora de sueño. Gracias por todo… y hasta otro día. Hemos llegado a casa.

—Oh, no me di cuenta de que estuviéramos ya aquí —Brian miró en torno, ceñudo, a la densa bruma que todo lo emborronaba —. Con esta maldita niebla… Bien, buenas noches. ¿Hasta mañana, Vera?

—Hasta mañana, Brian… —suspiró ella dulcemente.

Oprimió él sus manos. En la niebla, a los ojos de Vera, era como una simple sombra alta, de ropas negras, sin apenas rostro. Sólo su largo cabello negro, asomando bajo el alto sombrero de copa, revelaba la identidad real de Brian Dawson, su compañero de esta noche, diferenciándole de Clifford Blake, rubio y de cabello más corto. Por lo demás, parecían iguales, fundidos en una niebla semejante.

—Entre —dijo Brian con voz grave—. Esperaré a que lo haga, Vera. Por si acaso…

—¿Teme al Destripador? —Rió ella entre dientes—. No soy de las que él busca…

—Claro. Pero en esta noche, toda mujer sola puede prestarse a error. Me iré más tranquilo si sé que ha entrado en su casa…

Vera asintió, risueña. También ella oprimió con calor las manos de Brian. Luego, tomó su llavín, abrió la puerta. Entró y cerró, con un suspiro de alivio, apoyando la espalda en la hoja de madera. Unos pasos de hombre, secos y firmes, se alejaron en el empedrado.

Vera se dispuso a subir la breve escalera hasta la planta alta, donde ella vivía. Apenas había dado unos pasos, cuando se detuvo, sorprendida, con sobresalto y temor.

El golpeteo con los nudillos, en la puerta que acababa de cerrar, fue nítido, preciso. No demasiado fuerte. Vera sintió palpitar fuertemente su corazón dentro del pecho, bajo aquellos senos virginales y hermosos, que su escote permitía insinuar, bajo la capa color café que le protegía de la humedad de la noche.

—¿Qué… quién? —jadeó, trémula—. ¿Quién llama?

—Vera, soy yo —sonó la voz grave, siempre seria y profunda—. Brian. Abra, por favor. Olvidé algo…

—Oh, sí, sí —asintió Vera, con rapidez—. En seguida, Brian. Me asustó usted…

Giró el llavín en la cerradura. La joven abrió. Afuera, la silueta alta, negra, de flotante macferlán, de sombrero de copa alta, las manos enguantadas… El largo cabello negro, que permitía identificar a Brian, sin lugar a dudas.

—Y bien, ¿qué es lo que olvidó, Brian? —preguntó ella, suavemente, acercándose a él.

La niebla era como oleadas de humo espeso y grisáceo, en torno de ellos, difuminando sus siluetas, emborronando sus rostros en el anonimato de la noche fría y brumosa…

Brian Dawson alargó sus brazos hacia ella. Su voz profunda sonó grave:

—Olvidé esto, Vera… —musitó—. ¡Matarte como a las otras!

Y, de súbito, en una de las manos enguantadas de Brian Dawson, centelleó, lívido, el acero afilado, frío, cortante, de un largo bisturí, lanzado con seco golpe contra la garganta de Vera Aston.

Ella emitió un prolongado alarido de angustia y de horror.

Brotó la sangre de su cuello…

* * *

Todo sucedió tan precipitada, tan inverosímilmente, que el pánico, el estupor, la incredulidad más absolutos, dominaron cualquier otra posible reacción de la desdichada Vera Aston, víctima inapelable del asesino de la niebla.

El bisturí terrorífico descendió hacia su garganta, para seccionarla de oreja a oreja, en brutal y seguro tajo.

Vera solamente atinó a gritar, a gritar agudamente, con toda la fuerza de sus pulmones… y el suelo resbaladizo, la acera mojada, hizo el resto en su favor, de un modo providencial.

Sus tacones patinaron en el pavimento, se fue hacia atrás su cuerpo… y el bisturí cortó sólo superficialmente su piel nacarada, haciendo gotear sangre.

De otro modo, ahora estaría degollada sin remedio. Aquel resbalón había salvado de momento su vida. Pero el milagro no duraría mucho tiempo.

La silueta fantasmal de Brian Dawson se precipitó sobre ella, con un jadeo que era como un ronco, terrible estertor. El bisturí buscó de nuevo su cuerpo, rasgó la niebla, tanteando hacia los senos juveniles de la muchacha, para henderlos despiadado…

Nuevos gritos de ella rasgaban la bruma. Lejanos, sonaron silbatos de policía, gritos agudos, carreras… Pero todo ello estaba demasiado lejos aún…

Vera forcejeó, estiró sus brazos, sus manos enguantadas… El bisturí rasgó sus guantes, sus dedos, sus muñecas. Goteó la sangre de las heridas, sobre el asfalto mojado, negro y lustroso.

En el forcejeo, el sombrero de su agresor saltó de la cabeza, rodando calle abajo…

¡Y con el sombrero, una forma blanda, suave y oscura!

Una peluca de negros cabellos…

Vera, en la niebla, descubrió ahora el rostro crispado, lívido, del asesino inclinado sobre ella. Supo, al fin, quién era Jack el Destripador.

Un grito ronco escapó de su garganta, en la niebla:

—¡CLIFF! ¡CLIFFORD BLAKE…!

Luego, mientras el rubio asesino jadeaba, en su demencia criminal, el bisturí bajó de nuevo hacia el cuerpo de Vera, caída en tierra, junto a la puerta de su propia vivienda en Whitechapel…

* * *

—¡No, ella no, Cliff…! —aulló la voz ronca, quebrada.

Y otra figura, una sombra elástica, alta, enjuta, que parecía gemela de la del propio asesino, brotó de la noche, precipitándose sobre el criminal.

Detuvo una fuerte mano la muñeca asesina. Se suspendió el acero goteante de sangre, a poca distancia del cuello y los pechos de Vera, encogida y trémula, esperando el golpe mortal irremediable.

Los dos hombres lucharon. Lucharon feroz, despiadadamente, en duelo a muerte, sin concesiones, sin cuartel…

El forcejeo, los jadeos, los estertores de ambos, en su ruda pugna, ponían un contrapunto dramático a la lucha en la que tanto se dilucidaba. Vera se incorporó, angustiada, vacilante, contempló la pelea en la niebla, como una pugna de sombras, de espectros no humanos, en un lugar que ni siquiera parecía real…

Palabras ahogadas le llegaron, a jirones, entre la bruma agitada por la feroz batalla:

—Eras tú, Cliff… Lo sabía… Lo supe siempre…

—Maldito Brian… Ahora sé… Ahora recuerdo… Ahora vuelvo a ser yo… Pero es tarde ya… Es tarde para volver atrás…

—Cliff, llegaste a pensar que era yo, lo sé…

—Sí, lo pensé… Sospechaba de ti. Mis… mis ataques eran inofensivos…

—¡No, no lo eran! Estás loco, Cliff… Totalmente loco… El doctor Barrow te mintió. No quiso complicar las cosas advirtiéndote de tu esquizofrenia peligrosa… A mí sí me lo dijo… Yo cuidaba de ti, trataba de protegerte porque así lo prometí una vez… sin saber la clase de persona a quien tendría que proteger… Tú mismo, siendo *el otro*, adquirías esos sobres azules, los dejabas entre mis cosas… Como todas las pruebas, con las que tú mismo pretendías engañar al consciente Clifford Blake…

—Sí, Brian… Ahora… lo veo… Pero es tarde… Ya soy… uno sólo. Yo mismo… Y sé lo que hice… Debes morir… Ella también… o me ahorcarán… ¡O me llevarán a un manicomio! ¡No quiero morir en la celda de un manicomio, Brian…!

Tintineó el acero del bisturí en el empedrado. Luego, uno de los dos cayó de espaldas. El otro escapó, se hundió en la niebla…

Vera, horrorizada, no supo quién era el que quedaba ante ella, en aquel mundo sin formas, hecho de niebla y de angustias.

Pero la voz de Brian le llegó ahora, calmosa, serena:

—No temas nada, Vera… Soy yo… Cliff… Cliff escapa… no sé adonde… Habrá que dar con él… sea como sea…

Se incorporó. Sí, era Brian. Llegaban policías, los silbatos lo atronaban todo en derredor… Vera se acurrucó contra Brian Dawson, esperando a los agentes de Scotland Yard.

* * *

El peligro vivido por Vera Aston, no fue el único horror de aquella terrible noche. En la fonda del Gorrión Azul, les esperaba un horror mayor. La sangre lo invadía todo, en la alcoba de Clifford Blake. Y entre tanta sangre, el cuerpo destrozado de la señora Evans, víctima de un demente feroz…

Así habían terminado las frivolidades de la dama con uno de sus jóvenes huéspedes. Brian Dawson vio los vidrios rotos en el suelo, contempló el caos sangriento, y entendió lo que allí había sucedido esa noche…

Después de la carnicería de la señora Evans, en plena demencia criminal, Cliff había salido en busca de él y de Vera…

No debió encontrarlos, y eso le enfureció. La policía halló esa madrugada, en el número trece de Miller’s Court, en Whitechapel, otro cuerpo destrozado a golpes de bisturí, dentro del dormitorio de una pensión. Marie Jane Kelly era la víctima. Veinticinco años. Joven y atractiva, aunque alcohólica también.

El espectáculo era dantesco. Las descripciones del escenario del crimen, resultaron espeluznantes. Toda Inglaterra se estremeció de horror.

Era el último crimen de Jack el Destripador.

No volvió a saberse nada de él. Ni de un joven estudiante de medicina y cirugía, llamado Clifford Blake.

La policía buscó a Blake por doquier. Se aventuraron hipótesis sobre él, sobre su doble identidad. Pero quedó la duda de si, realmente, fue Blake el Destripador. Brian sabía que sí lo era. Sólo que no insistió al respecto. Nunca supo nada de su amigo. Ni

apareció éste, vivo o muerto.

Acaso el Támesis terminó con él.

Pero si fue así, Brian Dawson jamás lo supo.

* * *

—Pero… ¿por qué, Brian? ¿Por qué él?

—Esquizofrenia, doble personalidad… Su madre se mató siendo él muy niño. Los vidrios rotos le devolvían a aquel momento. Más tarde supo que ella se mató antes de dar a luz un niño con una enfermedad que, lamentablemente, no tiene cura.

—¿Eso creó el complejo a Cliff hacia las mujeres de cierta condición?

—Sí, Vera. Eso cambió a un hombre honrado, inteligente y digno, convirtiéndolo en un auténtico monstruo… Al final, ambas personalidades se fundieron en una sola y descubrió, con horror, la triste realidad de su existencia, de su mente, de su doble ser… Antes, había acertado en sus sospechas, para terminar dirigiendo éstas hacia mí. Yo lo único que hacía era dudar, no llegar a creer que él pudiera ser… el Destripador. Le protegía, pensando que su enfermedad mental podía dañarle decisivamente, si le hacía pensar en que era él la persona que cometía los crímenes, Vera. Desgraciadamente, no hice demasiado bien las cosas. Debí desenmascararle antes de esta masacre alucinante…

—Sí, lo entiendo. Pero no debes culparte de nada, Brian. Hiciste cuanto estuvo en tu mano. Fuiste leal, buen amigo, persona honrada, fiel a tu palabra… No tienes culpa de que un cerebro enfermo… crease una personalidad diabólica, más allá de la razón…

—Esta noche, pretendía de buena fe salvar tu vida, Vera. Creía que era yo el culpable, no él. La señora Evans desencadenó de nuevo el horror, el romper esos vidrios. Me imagino su última reacción ante la bestia en que se convertía ante sus ojos el guapo, sonriente y atractivo Clifford Blake…

—Incluso… utilizaba una peluca negra, como tu cabello, Brian…

—Sí, debió adquirirla clandestinamente, sin yo saberlo. Creo que se encerraba él mismo, pero previamente, su otro yo le dictaba las

formas de evadirse llegado el momento. Quería probarse a sí mismo que era inocente… y en realidad nunca lo fue.

—De modo que ha terminado la carrera de sangre de Jack el Destripador…

—Tal vez sí. Si ha muerto, poniendo fin a su vida como hizo su madre hace años, la historia habrá terminado. Sé que la policía y la opinión pública sólo aceptan la presunta culpa de Clifford como una teoría más. Aceptarán que mató a la señora Evans, que quiso matarte a ti…, pero no aceptarán que él fue Jack el Destripador.

—Pero si odiaba sólo a… cierta clase de mujeres… ¿por qué a Kim, a la señora Evans… o a mí?

—Vera, había algo especial en cada caso —explicó Brian, pensativo—. Las dos primeras no eran trigo limpio… En cuanto a ti…

—¿Qué, Brian? Yo nunca hice nada vergonzoso en mi vida…

—Claro que no. Pero le defraudaste terriblemente al dejarte acompañar por mí esta noche, volviendo tan tarde a tu casa. Él… se había enamorado de ti. Los celos le hicieron ver en tu acción un desprecio a su persona… y te catalogó como a las mujeres que odiaba. Su mente enferma deformaba ya las cosas horriblemente, Vera… Fue un poco culpa de todos dejarle llegar a ese grado pero… pero yo nunca quise convencerme realmente de que un amigo, un compañero de infancia, un muchacho como Cliff… era el destripador de Whitechapel. Ese fue mi error…

—Y tu segundo error, llevarme a cenar, al concierto…

—No, Vera —la miró largamente—. Eso, nunca. No sólo no fue un error… sino que estoy dispuesto a invitarte cada día de mi vida a que cenemos juntos y vayamos juntos a todas partes…

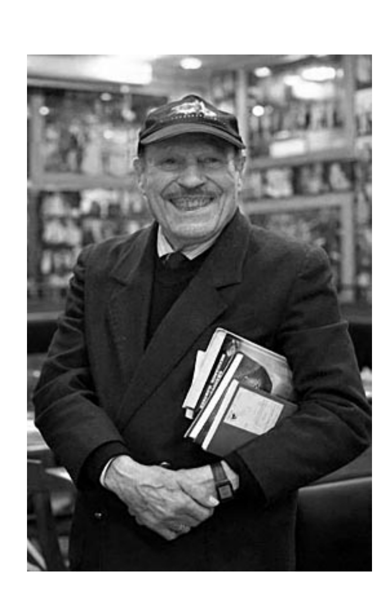
—¡Brian! ¿Eso… qué significa?

—Significa que quiero que seas mi mujer en cuanto termine mi carrera…

Vera no respondió. Estaba demasiado emocionada para ello. Pero sus ojos fueron más elocuentes que todas las palabras.

Y Brian Dawson supo que esa respuesta sería afirmativa.

F I N



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario *Imperio*, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue *La muerte elige* y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los pseudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como *Alicia en el país de las maravillas*, *Robinson Crusoe*, *Miguel Strogoff* o el clásico de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», *La conjura* y *La clave de los Evangelios*.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico *Yo, Curtis Garland* publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada *Las oscuras nostalgias*. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.

Notas

[1] Datos todos los aquí consignados rigurosamente verídicos en cifras, fechas, nombres, etc. El autor ha juzgado preferible manejar hechos ciertos, puesto que resultan mucho más increíbles que cualquier ficción, en lo relativo a los crímenes relatados. < <

[2] Haine: nombre auténtico de un agente de Scotland Yard que intervino en el caso y descubrió el cuerpo de Mary Ann Nichols. <<

[3] Verídico en todos sus detalles, como cuando alude a los crímenes de este relato, salvo en aquellos pasajes donde se mencione su posible condición imaginaria. < <

[4] Documento auténtico en su texto, como los demás citados. Su traducción del inglés podría ser, aproximadamente: «Señor: no tengo tiempo para decirle / cómo me hice asesino. / Pero deberá saber, como el tiempo lo demostrará, / que soy un pilar de la sociedad». < <